

GUILLAUME
APOLLINAIRE

La mujer
sentada

Traducción CRISTINA RIDRUEJO

ae

Lectulandia

En *La mujer sentada*, novela concebida como un extraño sueño sostenido, desfilan mujeres que se vuelven poliándricas, soldados que imaginan una religión del honor cuyo rito más notable será el suicidio, grandes duques rusos que fustigan a cortesanas francesas; se escucha un concierto de cámara a cañonazos en las trincheras del Marne y el tumulto de las barricadas en París; se asiste, sin que cese el asombro, a carnavales, a bailes de disfraces, a orgías.

Guillaume Apollinaire escribió *La mujer sentada*, que se publicaría de forma póstuma en 1920, a partir de dos escritos previos, extrañamente complementarios: *La mormona y el danita*, de 1914, e *Irene de Montparnasse o París en tiempos de guerra*, de 1917. El primero es una crónica épica sobre la fundación del Estado mormón de Utah en el siglo XIX. El segundo una evocación de la vida encendida y febril del París de las vanguardias, del Montparnasse en el que vivían, creaban y se peleaban Picasso, Max Jacob, Blaise Cendrars o el propio Apollinaire, todos ellos personajes del libro.

A pesar de su variedad de temas y estilos, hay en esta novela una cuestión esencial y absolutamente moderna: la mujer libre, bárbara, la mujer que cuenta con ingresos propios y con un harén propio, que ha aprendido a vivir «sentada» en un mundo de «hombres en pie» que vagan perplejos y asustados.

Lectulandia

Gillaume Apollinaire

La mujer sentada

ePub r1.0

Titivillus 11.08.16

Título original: *La femme assise*
Gillaume Apollinaire, 1920
Traducción: Cristina Ridruejo Ramos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Nacida en Maisons-Laffitte, Elvire Goulot tiene un gusto especial por los caballos, que pinta de un modo notable y por la equitación.

A pesar de que ya no tenga ocasión de montar a caballo, a menudo sueña con ello y cuando tiene problemas se consuela imaginándose grandes cabalgadas.

Ha visto caballos maravillosos en los famosos establos de su ciudad natal, pero aquellos que recuerda con más placer son los tres caballos enganchados a la troika de su amante, el gran duque Andrés Petróvich.

Tan blancos como la nieve, eran los caballos más hermosos de toda Rusia. Estaban valorados en un millón el ejemplar. Sus colas caían casi hasta el suelo. Iban como el viento y el cochero que los guiaba era el más gordo que pudiera haber.

Desde la infancia, Elvire tuvo un espíritu agudo y una memoria notable. No ha sido nunca creyente, pero jamás ha dejado de ser supersticiosa. Sus sueños siempre se han dirigido a las cosas del amor. De pequeña soñaba con agujas, estacas y barreras, lo cual, según el testimonio de cierta escuela, es significativo.

Su primer amante fue un médico, hombre casado a un tiempo muy amable y muy libertino. La tomó cuando ella tenía quince años. Él tenía treinta y seis. Estaba ligeramente enferma, y había venido para curarla. Era uno de esos hombres delgados que, concedores de todos los refinamientos del amor, corrompen el espíritu de las mujeres sin saber hacerse amar sinceramente. Su relación comenzó con un escándalo, pues la madre de Elvire descubrió el pastel. El seductor fue acusado, y si se libró fue sólo gracias a la declaración de Elvire, que afirmó ante los jueces que el acusado no la había tomado virgen. Fue absuelto, y le guardó por ello un profundo agradecimiento.

Una vez dado el primer paso, Elvire se vio entregada a la depravada educación de ese Georges, el médico, que le inculcó junto con el gusto por las mujeres todo aquello que se puede saber del vicio.

Durante el invierno de 1913, la llevó a Montecarlo, donde la dejó sola al tener que regresar precipitadamente a París. Fue en el Casino donde el viejo Replanov, el primer abogado de Petrogrado, que entonces era San Petersburgo, se fijó en ella y le aconsejó que lo siguiera a Rusia.

«Será feliz —le decía—. Reemplazará a mi hija que ha muerto, y a quien se parece usted. Venga, no le faltará de nada. La trataré como si fuera mi hija.»

Y respetuosa pero apasionadamente, la besaba en la punta de los dedos.

Replanov partió el primero y, como Georges tardaba en regresar, Elvire se decidió a partir para Rusia. Fue a comprar su billete a la Compañía Wagons-Lits, mas era y parecía tan joven que hubo de obtener el consentimiento previo de su padre a quien el viejo Replanov escribió una carta, un verdadero monumento a la hipocresía, pues en cuanto Elvire estuvo en Petrogrado la vendió a una asociación de libertinos de la que formaba parte y ella se convirtió en la amante del gran duque Andrés Petróvich. Pasó

siete meses en Rusia y, de esa estancia con los moscovitas, me habló una vez de la siguiente manera:

«El gran duque, mi amante, tenía veintiséis años. Era muy guapo. Jamás he visto un hombre tan guapo ni tan bruto. Amaba a las mujeres y a los muchachos. Era más corrupto que Georges en el sentido de que la crueldad dominaba todos sus escrúpulos, y el orgullo casi lo hacía delirar. Las mujeres, francesas en su mayoría, que eran amantes de los otros libertinos, no eran ni jóvenes ni seductoras. Eran tan sólo, por lo que me pareció, mujeres de negocios que se prestaban a todo aquello que una imaginación depravada en extremo pudiera sugerir a sus amantes. La más guapa era una rusa. Era también la más lasciva, y sus gustos concordaban con los de los hombres que nos rodeaban. Tenía un saque inimaginable, tanto para la comida como para la bebida, y jamás he visto mujer que pudiera beber tanto champán como ella.

»Recuerdo una orgía en casa del general Breziansko; había allí una cincuenta de comensales, entre ellos dos grandes duques, y, cuando se mandó a los criados retirarse, esa joven rusa, tras ponerse tal y como vino al mundo, cual bacante desmelenada y frenética se metió debajo de la mesa, dando ocasión a todos aquellos que le gustasen —fueran hombres o mujeres— de manifestar la vivacidad de sus sensaciones, desencadenando el regocijo de los asistentes.

»Pero me horrorizaba esa vida en la que no había en absoluto lugar para el descanso, la ternura y la dulzura. De no ser por una amiga que me hice, una bailarina de restaurante francesa, de veintiocho años, no habría podido permanecer ni un mes en Rusia. Era la amante secreta del viejo general Breziansko, que había caído en una devoción senil, desmesurada e incierta a un tiempo, confundiendo su propia costumbre con lo que dicen los Evangelios respecto a la resurrección de la carne y lo que cuentan sobre la Flagelación».

La morena Georgette, tan tierna con Elvire, que era la ricitos, se convertía en un verdadero demonio cuando se trataba de fustigar la vieja piel del general Breziansko. Se esforzaba por poner en ese oficio un cuidado tanto más minucioso por cuanto que cada vez que el éxito coronaba sus esfuerzos, percibía una suma equivalente a veinticinco mil francos de los nuestros; mas el acontecimiento era raro, no obstante lo cual ese viejo tambor de Breziansko no dejaba de ser generoso y Georgette se encontraba satisfecha de su situación.

No le ocurría lo mismo a Elvire, que enflaquecía y sufría con impaciencia las agresiones que su amante y sus amigos le infligían a su orgullo. Lo que más la irritaba era que no había cena en un restaurante que no acabara con alguna espantosa discusión en la que los gerentes o los dueños del hotel —en su mayoría franceses— eran tratados de un modo tal que sublevaba a Elvire, que intentaba consolarse con el amor de Georgette y también dibujando flores, cerditos y caballos que después

iluminaba y que le servían como papel de cartas, cosa que provocaba la admiración del viejo Replanov, que venía a verla en ocasiones y exclamaba:

«Pinta como mi hija. Ya te lo dije, Elvire, te pareces a ella milagrosamente. Por eso velo por ti como un padre y te he introducido en la mejor sociedad de Rusia».

Elvire se escapa un día, con algo de pena por dejar su hermoso apartamento de la Pentelemonskaya. Pero ya no podía más y había enflaquecido mucho. Georgette era la única que estaba al corriente de la fuga. En la frontera, otra historia. No querían dejarla pasar, al no estar en regla su pasaporte. Por fortuna, distinguió en el andén a un oficial a quien había visto en Petrogrado. Éste allanó todas las dificultades y, al apearse en la Gare du Nord, Elvire ya no añoraba más que las extrañas y nostálgicas canciones escuchadas en Rusia ya no sabía dónde, en un restaurante o en el campo y los tres caballos blancos de nieve, raudos como el viento y que el cochero más gordo de toda Rusia conducía siempre afanosamente.

Georges la recibió como fue recibido el hijo pródigo y, por mediación de uno de sus amigos, la hizo debutar en un *music-hall* donde tomó la costumbre de llevar monóculo. Allí conoció a una figurante de medio pelo, Mavise Baudarelle, cuyos padres eran taberneros en el bulevar Mont-parnasse, donde se hospedó y Mavise Baudarelle le dio felicidad hasta el día en que un joven pintor ruso de buena familia, Nicolás Varinov, se la quitó a la familia Baudarelle.

Nicolás Varinov repartía su tiempo entre su hermana, la princesa Teleschkin, y su amante Elvire, con la que se instaló en un estudio en la calle Maison-Dieu. Cuando Nicolás estaba en casa de su hermana, Elvire pintaba, con una delicada fantasía y no sin esfuerzo, resplandecientes ramos en los que aparecían margaritas con los pétalos negros y esa vida animada por el arte, al amor, el baile en Bullier y el cine continuó hasta el momento de la declaración de guerra.

Se recuerda que el año 1914 comenzó con una alegría loca. Como en tiempos de Gavarni, el carnaval dominó esa época. Estaba de moda el baile, se bailaba por todas partes, en todas partes se celebraban bailes de disfraces. La moda femenina se prestaba tan bien al disfraz que las mujeres ataviaban sus cabellos con colores deslumbrantes y delicados que recordaban a los de las fuentes iluminadas que me asombraron de niño en la exposición de 1889. Se hubiera dicho también que eran resplandores estelares y las parisinas que seguían la moda tenían todo el derecho, ese año, a que las llamasen Berenices, pues sus melenas merecían un lugar entre las constelaciones.

Naturalmente habían resucitado los bailes de la Ópera. Y la broma picantona del primero que tuvo lugar, en el que cada mujer recibía una caja cerrada con llave, mientras que cada hombre recibía una llave, habiendo de encontrar por su cuenta la cerradura de su llave, parecía un excelente augurio para la alegría general. Y tal vez más tarde, cuando con el tango, el maxixe y la furlana se olviden la guerra y sus «bombas fúnebres», se diga de la época pacífica del año 1914, como en la célebre

litografía de Gavarni: «Se le perdonará mucho, pues ha bailado mucho».

De hecho, a los disfraces de 1914 les faltaba un artista como Gavarni, que había diseñado tantos, inventándolos, sin copiar nada a nadie.

No había, en 1914, ningún personaje particular de nuestro tiempo, como los Débardeurs, los Dominós, las Pierrettes, los Postillons, las Bayadéres o los Chicards, que un poeta convertiría rápidamente en personajes comparables a las máscaras de la Comedia italiana y que merecen no ser en absoluto abandonados.

Para crear otras máscaras, habría sido preciso otro Gavarni.

Su obra maestra fue el Débardeur, que es sobre todo un disfraz femenino deliciosamente equívoco cuyo carácter subrayó sobradamente en esa leyenda sobre una mujer débardeur flirteando con una pierrette, que le grita: «¡Vete por ahí!... ¡Cómo son los hombres!», cosa que tal vez resume la insolente fantasía de todo el siglo XIX.

También habría sido preciso, para la nueva alegría de la época, inventar un nuevo cancán, al haber sido el antiguo situado por la Goulue, Rayon d'Or, Grille d'Égout, Valentin le Désossé y por la devoción de grandes pintores como Toulouse-Lautrec al nivel de las danzas hieráticas.

Habría sido preciso algo que respondiera al cancán de los tiempos de Gavarni, a ese cancán joven cuyas diferencias con el cancán solemne del Moulin Rouge son tan evidentes si se compara por ejemplo el cuadro de Seurat, El baile del Chahut, con el monólogo mucho más antiguo de Jules Choux, que comienza así:

*La chahutera y la cancanska,
Sus posturas íntimas las conozco yo
Con redowe y con mazurca
De víctimas he dejao un montón (bis)*

1914. Año de bailes y de mascaradas, la época no carecía de una suave gravedad pero era ligera, jamás se baila tanto como en las revoluciones y las guerras y ¿qué singular poeta inventó pues ese tópico verdaderamente profético: «Bailar como en un volcán»?

El personaje más característico de esa época de bailes y *ballets* rusos fue incuestionablemente Elvire, a quien sigo viendo en Bullier con sus cabellos lilas, sus pieles blancas y su monóculo, la llamaban la Ricitos y nadie duda de que ese atavío (cabellos lilas, monóculo y abrigo de piel blanca) se hubiera generalizado al año siguiente si no hubiera llegado la guerra. Tal vez hubiera surgido otro Gavarni y hubiéramos tenido en el baile de la Ópera deliciosas Ricitos, como en los tiempos de Gavarni había encantadores débardeurs.

Nicolás Varinov también la llevaba a veces con Mavise a los bailes populares: el de Gravilliers, donde los músicos estaban en un pequeño balcón; el Baile de la

Juventud, en la calle Saint-Martin, cuyo patrón tenía una colección de facas tan hermosa que se las daba a los clientes de regalo; el de Octubre, en la calle Sainte-Geneviève, que en 1914 pertenecía al Sr. Vachier; el Petit Balcon, abierto en un callejón sin salida cerca de la Bastille; el baile de la calle Carmes; la Fauvette, en la calle Vanves, y la Bolera de Montmartre, encantador lugar donde la música era, a mi parecer, más agradable que la del Sr. Strauss.

La guerra asesinó todos esos «rendez-vous de noble compañía» en los que ahora Elvire no puede pensar sin sentir una tierna melancolía.

La guerra, pues, estalló, quebrando como un cristal esa vida adorable y ligera.

Nicolás Varinov quedó extremadamente impresionado por el imprevisto acontecimiento y, pocos días después de la Marne, le declaraba a Elvire, que se aferraba a él como una gata, que el tiempo del amor había sido interrumpido y que las ocupaciones que éste conlleva, en particular durante la noche, no se retomarían, por lo que a él concernía, hasta el fin de las hostilidades.

Como Elvire no acordaba a la guerra sino un escaso interés, esa decisión le pareció incoherente, y en el firmamento de su relación comenzó a alzarse el desdén, cual luna pelirroja.

II

¡Dulce poesía!, ¡la más bella de las artes! Tú, que suscitas en nosotros el poder creador y nos acercas a la divinidad, ¡las decepciones no han derribado el amor que te profeso desde mi tierna infancia! La propia guerra ha aumentado el poder que la poesía ejerce en mí, y gracias a una y otra ahora el cielo se confunde con mi cabeza cubierta de estrellas. ¡Dulce poesía!, lamento que la incertidumbre de los tiempos no me permita librarme a tu inspiración respecto a la materia de este libro, mas la guerra continúa. Se trata, antes de regresar a ella, de concluir esta obra y la prosa es lo que más conviene a mi apremio.

Pero ¿por qué, por el hecho de que estemos en guerra, representar siempre la guerra y las miserias del soldado o sus distracciones, o bien la milagrosa estampa de las razas movilizadas desde todos los rincones del universo hasta nuestro frente, o aún la triste marcha a través de las trincheras?

No obstante, claro es que hay que recordar esa empedernida guerra. No hay modo de defenderse de ella. Cada vez que creo haber escapado a esa obsesión, me retoma con una dulzura siempre creciente. Recuerdo ante todo la inestabilidad de la vida del soldado. Un día está aquí, a la noche tal vez partirá a toda prisa. Esa incertidumbre entra sobre todo en el lote del soldado de infantería. Conocí la vida del artillero y la del infante después. La inestabilidad del segundo es más sorprendente. He oído llamar al infante “el Receloso”. Con todo lo valientes que sean, y sabe Dios que lo son al grado máximo, no se fían, pues lo mínimo que se les puede pedir es el sacrificio de su vida. Pero conservo la nostalgia de esa vida errante y bien reglada. Recuerdo los pueblos deliciosos a penas arruinados, recorridos a paso cadencioso y tres muchachas en la puerta de una granja, con el tejado hundido, transformada en colmado.

Hoy París me solicita. He aquí que Montparnasse se ha convertido para los pintores y los poetas en lo que para ellos era Montmartre hace quince años: el asilo de la belleza y de la libre sencillez.

El barrio de Montparnasse, a decir del habitante de los barrios que lo rodean, es un barrio de estrambóticos. La verdad es que Montparnasse reemplaza a Montmartre, al Montmartre de antaño, el de los artistas, los cancionistas, los molinos, los cabarés e incluso los hachisófagos, los primeros opiómanos, los sempiternos eterómanos y los cocainómanos o visionarios, como los llaman ahora allí donde la «coca» sigue haciendo estragos: todos aquéllos (de los Montmartrenses del gran arte) que aún vivían y que la jarana expulsaba del viejo Montmartre destruido por los propietarios y transformado por los arquitectos, abucheado por los futuristas parisinos y adonde, de hecho, han emigrado todos ellos en forma de cubistas, de pieles rojas o de poetas órficos. Han enturbiado con sus berridos los ecos del punto de encuentro de la Grande Chaumière. Delante de un café situado en una casa de licenciosa memoria, habían establecido, desde antes de la guerra, una competencia temible, el café de la Rotonde.

Enfrente se quedaban los boches. Aquí venían siempre los esclavos. Los judíos seguían yendo indiferentemente a uno u otro.

Los vendedores de colores en todas las calles vecinas ofrecen su tentación multicolor a todos aquéllos a quienes una rápida ojeada a las exposiciones de vanguardia había llevado a decir: «Anch'io son pittore».

Esbochemos antes de nada la fisonomía del punto de encuentro que, seguramente, cambiará dentro de poco. En una de las esquinas del bulevar Montparnasse, un gran tendero despliega ante los ojos de toda una población de artistas internacionales su nombre enigmático: Hazard. Su mercancía es de las más variadas y sus clientes son de toda clase. El americano encontraba allí antes de la guerra los pomelos a los que llama grape-fruits y que son al limón lo que el melón es a la sandía; el ruso encontraba sus manzanas del paraíso, similares a la cereza gordal; el húngaro, su charcutería adobada, etc. Y ahí, en la otra esquina, la Rotonde. Un indio con un gran traje de cuero y de plumas, pintor y modelo, atraía allí todas las miradas en 1914. En ocasiones incluso la larga silueta de Charles Morice se perfilaba largo rato en el interior, contra el muro.

En la esquina del bulevar Montparnasse con la calle Delambre, está el Dôme: antes de la guerra tenía una clientela habitual, gente rica, estetas de Massachusetts o de las orillas del Spree, y también Pascin o el Clinchtel contemporáneo; ahí era donde se decidía la admiración que se profesaba en Alemania por tal pintor francés o tal otro. Las glorias de Géricault, Courbet, Seurat o Douanier no tuvieron que soportar las conversaciones estéticas entre los boches millonarios del Dôme.

Otra esquina: Baty, o el último tabernero. Cuando se retire, ese oficio habrá desaparecido prácticamente de París, a menos que la guerra y la vida grata no vuelvan a ponerlo en boga. Quedará el «figón», como se dice ahora, pero la tabernita habrá pasado a mejor vida. Entre tanto, aquéllos a quienes las enfermedades o más bien los médicos no han hecho aún renunciar completamente a los vinos de Francia festejan aún con gusto en esa bodega bien cuidada.

Más allá, a la derecha, en el bulevar Raspail, el pequeño café de Vigourelles albergaba en 1914, los días que no se bailaba en Bullier, a una juventud petulante; a menudo había un hombre de rostro severo. Declaraba con naturalidad a quien quisiera escucharlo: «Soy el hombre más puñet...ro del barrio, le hago la puñ...ta incluso a los consejeros municipales». Le llamaban el león. Le hacía la puñ...ta a tanta gente que había sacado rentas de ello: efectivamente, la mayoría de los cafés y bistrós del barrio preferían darle dinero antes que servirle. No tenía más que presentarse en esos lugares para que inmediatamente le dieran, según la importancia de la casa, un franco, dos francos o incluso tres francos y medio. Cada mañana, ese genio hacía su pequeña ronda por el barrio y eso le bastaba para sobrevivir, le hacía la puñ...ta a todo el mundo y no le debía nada a nadie. A ese pequeño café provenzal de Vigourelles venían a veces los Sres. Segonzac, Luc-Albert Moreau, André Dérain, Édouard Férat, René Dalize y un personaje enigmático a quien llamaban «el

Finlandés» pero que, según creo, era un lemosín, del mismo Limoges. El distinguido propietario de la casa se había creado una fama de gusto excelente en su distrito al declarar públicamente, en un hermoso arranque de elocuencia:

«Caballeros, aun siendo tabernero, adoro el arte; los domingos, cuando no voy al cine voy al Louvre».

Casi enfrente se hallaba la tienda del Sr. Cocula, el cual, por un singular fenómeno de mimetismo onomástico, vino a ocuparse, al igual que su quasi-homónimo inglés, el Sr. Cook, de viajes; los ingleses tienen la agencia Cook y los franceses tienen el tren Cocula.

En las calles que rodean el cementerio de Montparnasse, y en las que el busto del Sr. de Max custodia la tumba de Baudelaire, se hallaban aún en 1916 las viviendas de los antiguos habitantes célebres de Montmartre; incluso muchos de ellos, como Picasso, vivían en la famosa casa del 13 de la calle Ravignan, hoy en día plaza Émile-Goudeau.

Bajemos de nuevo por la calle de la Grande Chaumière, la calle de las academias de dibujo, por la que —de nuevo, antes— se paseaba el único patagón de París, el araucano Ortiz de Zarate, proclamando que había descubierto la verdad. Aún estaba allí un famoso restaurantillo de modelos, cerrado desde la guerra, Chez Papa; lo llevaba un antiguo garibaldino que aderezaba las pastas tan bien como en las osterie romanas. Era un lugar muy agradable al que el Sr. Anatole France, de haberlo conocido, hubiera venido a menudo. Allí se encontraba a gente amable, entre otros los Sres. Paul Morisse, André Billy y Paul Léautaud.

Si bien tiene un color diferente al Monmartre de antaño, el Montparnasse contemporáneo, incluso en tiempos de guerra, no tiene menos alegría, sencillez y despreocupación. Los trajes a la americana de los artistas de hoy en día no son ni menos anchos ni de otra pana que los de los pintorzuelos de antaño; son anchos de otra manera, eso es todo, y las sandalias después de todo no son menos germánicas que los espantosos botines de elástico de antes. Muy pronto, es decir, después de la guerra, aventuro —sin desearlo— que Montparnasse tendrá sus cervecerías y sus cancionistas, como tiene sus pintores y sus poetas. El día en que un Bruant haya cantado los diversos rincones de este barrio lleno de fantasía, las pastelerías, el estudio-cuartel de la calle Champagne-Première, la extraordinaria Crémerie-Grill-Room del bulevar de Montparnasse, el restaurante chino, que acaba de morir, los martes de la Closerie des Lilas, que han muerto desde la guerra, ese día Montparnasse habrá pasado a mejor vida. La agencia Cook traerá sus caravanas, y el tren Cocula emigrará a algún otro barrio, llevándose a los pintores, los chinos, los patagones, los indios comanches, los lemosinos-finlandeses, las Vigourelles y quizás al hombre más puñ...tero del barrio hacia otro destino, hacia otro distrito, hacia otra loma, hacia otro monte, sin duda el Buttes-Chaumont.

En tiempos de guerra, Montparnasse ha alumbrado una idea exquisita y conmovedora, la muñeca-retrato, que merece el éxito que tiene.

Una de mis primeras impresiones de París, cuando regresé, herido, fue la de pescar, en el teléfono del hospital en que me vendaban, este fragmento de frase: «... la industria admirable de las muñecas».

¿Quién estaba hablando? No lo sé, y poco importa; «En cualquier caso es un poco fuerte —pensé— ocuparse de muñecas en este momento».

Después, mi opinión al respecto ha cambiado mucho.

La muñeca de París que mostraba la moda a toda Europa, ¿acaso no contribuía mucho al prestigio de Francia?

Unos artistas de Montparnasse —naturalmente, mujeres— tuvieron la idea de hacer muñecas-retrato, una bonita idea que ya ha producido obras deliciosas.

Si esta moda se asienta, nuestras bisnietas poseerán unas curiosas galerías de ancestros. Se representará Hernani en el cuarto de los juguetes. ¡Pues no está ahí la abuela con su traje de la Cruz Roja, tal y como era, tan joven, en 1916! Está al lado del tío abuelo, vestido de lugarteniente de cazadores, condecorado con la cruz de guerra... Es preciso que los niños de ahora no puedan olvidar, como olvidaron los de después del 70. Es conveniente pues multiplicar los recuerdos y las muñecas-retrato, que son recuerdos casi vivientes.

Mas dejemos los recuerdos, ya llegará su tiempo. La guerra continúa. Nicolás Varinov se ha vuelto sombrío y preocupado. Va a partir a la guerra como voluntario en una ambulancia rutena. Su traje medio militar, medio de paisano, por fin está listo.

Cuando se lo encajó por primera vez, se presentó con Elvire en la Coupole, en el bulevar Raspail, punto de encuentro de los pintores, los modelos y los literatos. En la terraza estaba Égon d'Almanfeiner, hijo de un famoso novelista austriaco que inventó el singular vicio de sentirse siempre expuesto a persecuciones judiciales. Su historia fue consecuencia de la psicopatía sexual y no me explayaré más sobre su caso, ni sobre el de su hijo, que debe su permiso de residencia, parecer ser, a las atenciones que dispensó su madre, hace unos veinte años, al jefe de uno de los partidos de la oposición.

Prefiero hacer el retrato de Moïse Deléchelle, el cual, en compañía de Pablo Canouris, el pintor de las manos azul celeste, le echaba las cartas a dos jóvenes rumanas, alumnas de una academia de dibujo del barrio. Moïse Deléchelle es un hombre color ceniza cuyo cuerpo, por todas partes, es musical. Se sacude en el vientre para imitar los sonidos profundos del violonchelo; de sus pies extrae las resonancias roncadas de la carraca; la piel tensa de sus mejillas es un címbalo tan sonoro como dos cíngaros de restaurante y sus dientes, que golpetea por medio de un portaplumas, devuelven los cristalinos sonidos de las orquestas de botellas que tocan algunos artistas de *music-hall*, o que son lo más elegante de algunos grandes órganos mecánicos en los carruseles y en las ferias.

Elvire y Nicolás se sentaron a su mesa y a Moïse Deléchelle se le mezclaron las cartas. Al cabo de unos instantes, las rumanas se fueron a su academia de dibujo y,

antes de que se hubieran alejado, su lugar fue ocupado por Anatole de Saintariste, poeta y oficial, herido en el brazo y que por primera vez desde la guerra venía a la Coupole, en compañía de su nueva pareja, la linda Corail, pelirroja con ojos de avellana que daba en conjunto la imagen de una gota de sangre sobre una espada.

Al cabo de poco tiempo, la conversación había tomado un cariz bastante intenso y se pusieron a hablar de la poligamia.

«Parece que lo' boche' la han autorizao —dijo Pablo Canouris—, y zin duda no' veremo' conducío' a hacer lo mi'mo.»

Tras volver a encender su pipa, añadió:

«Para tené' realmente a una mujé', hay que haberla raptao, encerrao bajo llave y tenerla ocupá todo el tiempo. Ya es difícil tené' ocupá a una mujé', imagínate, si tiene' varia'. La poligamia e' una teoría buena para la' pipa', pero no para la' mujere'».

Pablo Canouris, el pintor de las manos azules, tiene ojos de pájaro. De origen albanés, nació en España, en Málaga, pero su arte y su cerebro, con la impronta de esa fuerza realista que caracteriza las producciones y el espíritu de la península ibérica, han conservado esa pureza y esa verdad helénica que le vienen de sus ancestros, pues según el testimonio de todos los que han tratado esa cuestión, los historiadores bizantinos y Commines hasta Thomas de Quincey por no citar ningún escritor contemporáneo, los supuestos helénicos son albaneses y el milagro pictórico de Toledo, el propio Greco, renacía en Pablo Canouris, el pintor de las manos azul celeste, y no porque Canouris imitara al Greco, sino porque el lado misterioso de su genio rozaba esa violencia angelical que angustia deliciosamente a los amantes de Theotocopouli.

Ninguna escuela, desde el Romanticismo, ha conmocionado tanto al mundo como la nueva escuela de pintura en la que únicamente han desempeñado un papel los artistas provenientes de la civilización mediterránea, artistas pertenecientes a una raza latina. Ese éxito es la causa de la resistencia que en ciertos ambientes oficiales se opone al arte de gente como Canouris, Picasso, Braque o Derain, y que va a ser más violenta aún de lo que lo fue nunca. Los filósofos parece ser que han llenado, para combatir el arte moderno, todo un «arsenal de sofismas», como decía mi viejo amigo Delormel. Mas ¿qué pueden los filósofos contra las formas y la materia que constituyen las miras y los temas de los mejores pintores de hoy en día? Que la pintura nueva es diferente de la de ayer, eso es evidente, pero que no concuerde con la gran tradición del arte, eso es algo que desafió a cualquiera a que lo demuestre. Y que esté poniendo al arte en el más mínimo peligro, no me creo nada. Los estudios deslumbrantes, sorprendentes y severos de los nuevos pintores son profundamente realistas. Este arte no aleja del estudio de la naturaleza a aquellos que se entregan a él, preocupados por plasmar y combinar todas las posibilidades estéticas.

¿Exceso de novedad? ¿Quién sabe? Lo repito, no es peligroso para el arte, sino únicamente para los pintores mediocres. Y éstos, hagan lo que hagan, seguirán siendo

mediocres; ¡poco importa, después de todo, que además sean absurdos!

En el carácter de Canouris se mezclaban pues España y Albania. Y era en apariencia como son los albaneses, entre los que hay hombres apuestos, nobles y valientes, pero con una propensión al suicidio que haría temer por su raza si sus cualidades reproductivas no hicieran contrapeso a su aburrimiento de la vida. Lo que había de español en Canouris no había alejado el gusto por la muerte voluntaria y conservaba por las mujeres un gusto español fuertemente albanizado.

Aprendí a conocer a Canouris durante un viaje a Bruselas que me ha dejado inolvidables y precisas impresiones de una sangre que, junto a la escocesa, tal vez, es la más antigua de Europa.

Pablo Canouris, que vivió allí, habiendo llegado directamente de Málaga y antes de conocer París, tenía por novia a una inglesa que lo hacía sufrir como únicamente aquellos que pertenecen a la élite de la humanidad pueden padecer por amor.

Esa muchacha, cuya belleza era insolente al extremo de que no había hombre que no la hubiera amado con locura, engañaba a su novio con aquellos que le querían, y yo mismo, séame perdonado, dudé largamente entre la amistad y el deseo.

Impúdica de un modo que no pueden dejar de admirar aquéllos a quienes la vida a maltraído lo suficiente para haberlos dejado bizcos de alma y tuertos de corazón, Maud se pasaba la vida, desnuda, en el apartamento de su novio. Y cuando salía él, entraba en su casa el libertinaje.

Y esa muchacha, esa Maud, ¿formaba parte de la humanidad?

No hablaba lengua alguna, sino un dialecto híbrido, una mezcla de inglés y francés con giros belgas y germánicos.

Un filólogo la hubiera adorado, pero un gramático no hubiera podido sino detestarla a pesar de su belleza.

Inglesa lo era por su padre, un oficial cruel condenado a muerte en la India por servicios contra los indígenas. Pero su madre era maltesa.

Un día, mi amigo me dijo:

«He de liberarme. Me mataré mañana».

Conocía lo suficiente el carácter albanés de Pablo Canouris como para saber que no se trataba de palabras vacías.

Se mataría, ya que lo había dicho.

Ya no me separé de él, y al día siguiente, gracias a mi presencia, a mi amistad, Pablo Canouris no se mató.

Él mismo halló un remedio para su mal.

—Esa mujer —me dijo— no es mi mujer. La amo, es cierto, pero con un amor que una esposa destruiría en mí.

—No entiendo —repliqué—, ¡explícate!

Él sonrió y prosiguió:

—Las razas de los Balcanes y de los montes que están al borde del Adriático practicaban antaño el rapto, y esa costumbre sigue existiendo en varias localidades.

Sólo nos pertenece realmente la mujer de la que nos hayamos apoderado, la que hayamos domado. Sin rapto, no hay matrimonio feliz. He hecho la corte a Maud. Es ella la que se ha apoderado de mí. Ella es libre, y yo quiero reconquistar mi libertad.

—¿Y cómo? —le pregunté, asombrado.

—¡El rapto! —dijo, con una tranquilidad y una nobleza que me impusieron.

En los días siguientes estuvimos viajando, Pablo Canouris y yo.

Me llevó a Holanda y, durante unos días, parecía preocupado.

Yo respetaba su dolor y, sin pensar más en el rapto, alababa en silencio el intento de olvidar mediante la ausencia a esa Maud que lo abrasaba hasta el punto de hacerle desear la muerte.

Una mañana en Ámsterdam, en medio de la Kalverstraat, Canouris me señaló a una joven que, con un rodillo de música en la mano, caminaba junto a su gobernanta.

Un lacayo vestido de librea de buen gusto caminaba diez pasos más atrás que las dos mujeres.

La joven podía tener diecisiete años. A la espalda le caían dos trenzas.

Hija de patricios amsterdameses, parecía feliz como no se puede ser en Holanda si no es en la Atenas báltava.

«¡Sígueme!», me dijo de repente Canouris.

Se puso a correr, rebasó al lacayo y, al llegar junto a la joven, le pasó un brazo alrededor del talle y la alzó, corriendo más veloz.

Yo corría lleno de inquietud tras los pasos de mi amigo.

No miraba tras de mí, pero seguramente el lacayo y la gobernanta, desconcertados, habían perdido la cabeza, ¡pues ni siquiera llamaban a la guardia!

Alcanzamos la estación.

La joven, fascinada por la prestancia masculina de su secuestrador, sonreía, encantada en todos los sentidos de la palabra y, una vez que estuvimos en el vagón de un tren en marcha hacia Rosendael, hacia la frontera, Pablo Canouris, el pintor de las manos de azur, besaba con toda su alma a la más sumisa de las prometidas.

Murió al cabo de dos meses. Y pensé que esa vez no podría apartar a mi amigo del suicidio.

Pero logré traerlo a París, donde se instaló y el detalle de sus amoríos en la capital sería demasiado largo. Baste con decir que el día en cuestión, estaba solo desde hacía una quincena.

«Mañana partiré a la guerra —dijo Nicolás Varinov a Pablo Canouris—, te ruego que lleves a Elvire esta noche al cine; es viernes, cambian el espectáculo. No se podría consolar si faltase a uno sólo. Yo, por mi parte, tengo bastantes gestiones que hacer y cenaré en familia en casa de mi hermana.»

Al cabo de unos instantes, se levantó, con aire preocupado, pensando en la guerra. Se despidió de Elvire, cuyo corazón se encogió al ver a su amante alejarse sin volverse ni una vez.

En ese momento un sargento, sobre el cual corría el rumor de que era alemán y se

llamaba Waxheimer, pero que había logrado hacerse admitir como alsaciano en la Legión Extranjera, donde se había alistado con el nombre de Ovidio del Ponto-Euxino, se acercó. Estaba convaleciente de una herida.

Y, al distinguir a Elvire, le gritó:

—¿No me contó usted un día que su abuela había sido mormona?

—Sí —contestó Elvire—, y sin duda es el motivo de que yo no sea celosa. Mi pareja puede tener tantas amantes como le plazca, que yo no estaría más celosa de lo que lo estaría una mujer mormona de sus compañeras. Mis padres me han contado a menudo la huida de mi abuela Pamela. Pero quien me ha alumbrado más al respecto de ella es una especie de rata de biblioteca, un boche que había sido secretario de Dreckeim, otro boche que escribió una historia del mormonismo. Dreckeim estuvo en la capital de los mormones en 1895; en 1908, envió a ese viejo Flinitz que estaba enamorado de mí a Petrogrado, donde trabajaba vagamente como secretario de Replanov. Como hablaba siempre de los mormones, le saqué a mi abuela. Se quedó pasmado y encontró entre sus papeles una copia que él hizo en Salt Lake City de la carta de un mormón famoso. Era precisamente el tipo que había convertido a mi abuela al mormonismo, y habla de ella. Ese Flinitz hizo de la carta una traducción que me dio.

—¡Pues bien! —dijo el pseudo Ovidio del Ponto Euxino, desde la guerra me he reencontrado con uno de mis tíos abuelos que pasa por ser de Estrasburgo y que quizás es de Hesse, venido a Francia en el 66, aún existe un gran número de esos patriotas de Hesse y Francia, incluso en tiempos de guerra, no ha molestado a esos güelfos. Volviendo a mi tío abuelo, claro es que sabía que existía antes de la guerra, pero no iba nunca a verlo. Desde la guerra, ha sido muy amable conmigo y es a su casa adonde vengo de permiso. Estuvo en Utah siendo muy joven con su madre, que era viuda y que se había dejado conducir allá en uno de los primeros convoys que llevaron a nuevos fieles de Europa. Mi tío abuelo, Otto Mahner, pasó allí su infancia y no regresó a su país natal sino a la edad de veinticinco años, para casarse a la europea, pero no deja de hablarme del mormonismo desde que lo he vuelto a ver. Siempre vuelve a ello, mencionándolo como un medio para dar a Francia de nuevo la población que precisa para seguir siendo una gran nación.

—Pero —dijo Elvire—, ¿cree usted que es útil que haya muchos niños?

—¡Diantre! —dijo Ovidio—. Claro que es útil; pero si en cincuenta años habrá cien millones de boches y sesenta millones de italianos, por no mencionar a los españoles y otras naciones que lindan con Francia y, al ritmo que lleva, para entonces ésta no habrá alcanzado su cuadragésimo primer millón.

—Tendría gracia —dijo Elvire— que su tío abuelo hubiera conocido a mi abuela.

—Precisamente —dijo Ovidio—, le he prometido que iría usted a verlo; es aquí cerca, en la calle Delambre, le daré la dirección.

—De acuerdo —dijo Elvire—, cuente conmigo sobre las tres de la tarde. Llevaré

la carta. Es de 1851.

—¡Maravilloso! —exclamó Ovidio—, estoy convencido de que mi tío abuelo Otto estaba entonces allí. Pues bien, ¡hasta mañana!

Y, como era la hora de cenar, Pablo Canouris la llevó al figón de moda en el barrio.

En el mundillo de los artistas, ya no se dice bistró; hace la tira que la fonda ya no existe, esa palabra murió en los tiempos del simbolismo y el último a quien se la he oído decir es a Remy de Gourmont. Ahora se dice: «Vamos a casa tal, es un figón donde se manduca bien».

Y bistró será relegada al trastero de las palabras de época destinadas a convertirse en poéticas, al igual que pelliza, pelandusca, simón, victoria, carricoche, etc., etc., con las que llenarán sus poemas, dentro de cien años, los poetas que quieran evocar nuestro tiempo, al igual que Verlaine que puso en sus Fiestas galantes las palabras que le parecieron más poéticamente evocadoras del siglo XVIII.

Y, después de cenar, durante la representación cinematográfica, Pablo Canouris, que miraba el espectáculo sin pensar en nada malo, sintió de repente una manita posarse sobre sus manos. Lo sacudió una especie de voluptuosidad mezclada con horror. Mas poco a poco, su mano estrechó la de Elvire.

III

Nicolás Varinov había partido tras besar a Elvire distraídamente y ella le había devuelto su beso de una manera aún más distraída. Él pensaba en el comunicado, ella pensaba en el cine.

Qué cosa más extraña, que una muchacha del tipo de Elvire, que amaba a las mujeres a la manera de un hombre, hubiera tenido por Nicolás Varinov un capricho loco que de ningún modo se había abolido, sino que se adormecía en vista de todas las incertidumbres que habían surgido desde la guerra y en vista también del hecho de que él no parecía pensar ya en absoluto en el amor. Pablo Canouris le gustaba y, como era de un país neutral, su suerte parecía menos incierta que la de Nicolás. Además, su naciente fama hacía de su amistad una garantía de éxito para un pintor que no carecía de talento y que era uno de sus amigos. Pero ella no pensaba en Pablo Canouris ni en el roce de sus manos. Recordaba ciertas escenas de cine que le habían encantado y no olvidaba la conversación que había mantenido con el falso Ovidio sobre el mormonismo.

Mientras se apresuraba para ir a la calle Delambre y buscaba la copia de la carta en la que se hablaba de su abuela, se decía:

«No sé por qué, después de todo, no podría haber un mormonismo femenino, mujeres que tuvieran varios maridos. Sería gracioso. Y de hecho ya existe, no con maridos, pero sí con amantes. Tendré que hacer un retrato de Anatole de Saintariste vestido de lugarteniente, junto a su gachí Corail. Es difícil de dibujar, la mozuela».

Y se fue a la cita en la calle Delambre. El viejo de Hesse que había vivido con los mormones era un apuesto anciano, de inteligencia abierta y clara. Recibió a Elvire diciendo: «Seguramente conocí a su abuela en 1851. Yo tenía ocho años y llegué a Salt Lake City en agosto de 1851. Léame la carta usted misma, pues yo no puedo ya leer manuscritos, ni siquiera con gafas».

Y, mientras que el pseudo Ovidio del Ponto Euxino se arrancaba los pellejos de al lado de las uñas y que el viejo Otto Mahner abría la boca para oír mejor y la cerraba a veces inhalando sonoramente una bocanada de aire, Elvire desplegó la copia de la carta que le había dado en Petrogrado el viejo Flinitz, y la leyó con una lentitud digna de una joven que había sido presentadora en el Folies-Bergère.

Al hermano Brigham Young, Presidente de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, Gobernador del territorio de Utah.

Great Salt Lake City (Estados Unidos de América)

París, a 20 de diciembre de 1851

Supongo que soy el primero, hermano Brigham Young, en informarle sobre los

trágicos acontecimientos que han puesto a fuego y sangre la desgraciada capital de Francia. De todos modos, en caso de que la noticia haya llegado antes que mi carta, ésta os tranquilizará con relación a mi suerte y a la de mi misión.

Cuando, obedeciendo a la voluntad del consejo de la Iglesia, me despedí de mis esposas y abandoné Salt Lake City para dirigir a los misioneros encargados de evangelizar la vieja Europa, en ningún lugar sentí el asombro hecho de admiración y horror que me sorprendió en la gigantesca ciudad que ha reemplazado a Roma a la cabeza del mundo.

En París se encuentra una singular mezcla de grandeza y miseria idónea para impresionar a un ciudadano de los Estados Unidos, acostumbrado a la agradable sencillez de nuestras ciudades nacientes en las que, si bien falta la arquitectura sublime de los palacios, los monumentos y los edificios religiosos, la grandiosa ordenación de las plazas y los jardines, o las avenidas acondicionadas con un delicado y atrevido gusto por los paseos públicos, tampoco se halla en ellas la espantosa suciedad de los arrabales parisinos, esas casas horripilantes donde viven en una descorazonadora promiscuidad los obreros y los pequeños burgueses.

En esas calles estrechas y tortuosas, el olor de la podredumbre trata de imponerse a la fetidez de la orina que, contaminando todo París, se estanca en charcos, espumea en los arroyos, y va ligada en ocasiones a la peste de los excrementos de hombres y de bestias que la acompañan.

En ninguna parte de Europa he añorado como en París lo que se podría llamar el salvajismo puro de nuestras comarcas.

Las fachadas leprosas, testigos de un buen número de revoluciones, tienen el aspecto de mujeres viejas, de squaws gastadas por la vida y por los duros tratos que los Pieleros Rojas, ese desgraciado resto del desgraciado pueblo de los Lamanitas, hacen sufrir a sus mujeres.

Por otra parte, la naturaleza es aquí —como en todas partes en Europa— más modesta que en nuestra patria, y en particular los ríos son miserables arroyos al lado de nuestro Misuri, el Padre de las Aguas, o de otros ríos americanos.

Llegué a París en abril, viniendo de Copenhague, donde tuve la fortuna de crear un gran número de prosélitos daneses, que sin lugar a dudas habrá tenido usted la dicha de acoger en nuestra santa ciudad.

Habiendo visitado París en diversas ocasiones, ya conocía la dura vida que lleva aquí el hermano Curtis Bolton, encargado en particular de la difícil empresa de convertir a los parisinos. A pesar de miles de obstáculos, ha logrado llevar a buen puerto cuatrocientas conversiones, y debo decir que las circunstancias no lo han ayudado sino escasamente.

Ha vivido durante siete años en una buhardilla de la calle Tournon y, a pesar de sus esfuerzos, rara vez ha ganado más de diez francos al mes, cosa que lo obligaba a vivir de pan duro y agua fresca.

He considerado que era tiempo de que descansara y, desde mi llegada, me he

encargado —al conocer suficientemente el francés— de poner a punto su traducción del Libro de Mormón.

Esa obra aparecerá probablemente en el curso del próximo año.

He enviado al hermano Curtis Bolton a Inglaterra, con la gente de su raza, que lo ha acogido bien, y las cartas entusiastas que me dirige me dan a conocer que su apostolado da lugar a bailes —y usted sabe lo agradables que le son a los dioses—, conciertos, excursiones, garden-parties y a los más simpáticos juegos.

¡Pues no estuvo en Jersey con un grupo de señoritas dispuestas a convertirse en hermanas nuestras y con algunos santos!; y durante ese viaje de placer, no hubo sino predicaciones, cánticos y consumación de los deseos de la carne según la ley humana y divina que exige la poliginia, siguiendo el ejemplo de los patriarcas y el de Cristo, que tuvo tres esposas, como se puede ver en los Evangelios.

Las vacaciones del hermano Curtis Bolton ya han terminado y con gran celo se prepara para regresar a París.

Cuando el apóstol esté de vuelta, abandonaré Francia para ir a visitar nuestras misiones de Italia.

Mas he aquí algunos detalles sobre mi estancia aquí:

Al llegar a París, me hospedé en el número 27 de la calle Paradis-Poissonnière, populosa y triste a la vez y que, a fuerza de costumbre, ha acabado por gustarme, a pesar de que me siga incomodando el aire mefítico de mi habitación, de techos muy bajos, al igual que un gran número de casas parisinas.

¿Qué corazón, ni el más endurecido, podría no sentir piedad frente al cariz de las desgracias que ha soportado la población de esta capital? La rápida sucesión de revoluciones y motines no deja a este desgraciado pueblo tiempo para reponerse de las guerras y las matanzas.

Saben los dioses que nosotros, los Santos de los Últimos Días, estamos acostumbrados a los motines. Uno de ellos le costó la vida a nuestro profeta, Joseph Smith, y al patriarca Hyrum, su hermano, en la prisión de Carthage. Yo mismo resulté gravemente herido. Nauvoo, la Ciudad Hermosa, que edificamos con nuestras propias manos, nos fue arrebatada por los gentiles, muchos de los nuestros sufrieron el martirio y el Templo cayó en ruínas. Pero nada puede dar una idea del devastador aspecto con el que hallé París cuando llegué este abril. Restos de barricadas y ruínas provocadas por incendios, los recuerdos de las revoluciones y las guerras, los cojos de uno y otro bando, todo ello me hizo pensar que nuestras heridas y nuestras tribulaciones en busca de ese país de Deseret que usted nos prometió, que hallamos, y que nombró en recuerdo de una pequeña abeja sobrenatural según la palabra que le fue revelada, no eran más que dulces recreos y piadosas bendiciones comparadas con las desgracias de toda clase que la rabia política y el amor mal comprendido por la menos democrática de las libertades han atraído en pocos años sobre los franceses, y particularmente sobre los parisinos.

Pensaba que esa desolación tocaba a su fin y, emprendiendo con vigor mi

apostolado, partiendo del estado en que el hermano Curtis Bolton había dejado el suyo, pude bautizar a algunos franceses en el núm. 282 de la calle Saint-Honoré. Para apoyar mis sermones fundé un periódico, siguiendo el ejemplo del Profeta Joseph Smith y el suyo mismo, que es nuestro nuevo Profeta. Esa hoja aparece mensualmente desde el mes de mayo; se llama La Estrella del Déseret, ciertamente aprobará usted ese título.

Al no dejar de molestarme la policía, al igual que molestó —o más bien persiguió— a nuestro pobre hermano Curtis Bolton, he resuelto no tratar en ese periódico nada que tenga relación con la política. Uno de los nuevos santos, el hermano Dupont, que ha sido testigo de uno de mis milagros, ha resultado ser poeta, en realidad bastante mediocre, mas los pocos cánticos en francés que ha compuesto pueden servir en espera de algo mejor. Ha ayudado al hermano Bolton en su traducción del Libro de Mormón y me presta un servicio corrigiendo las pruebas tipográficas.

¿Es preciso añadir que no revelo ese punto de nuestra doctrina que la hace tan atractiva para los muchachos jóvenes? Me refiero a la poligamia.

El carácter ligero y burlón de los franceses me ha hecho temer, desde el principio de mi apostolado, que hicieran escarnio de nuestra Iglesia si hubieran conocido la condición ritualmente patriarcal de nuestras familias.

Uno de los reputados autores clásicos de este país, el Sr. Molière, que compuso, hace dos siglos, impagables bufonías, escribió en una pieza que he visto estos días en el Théâtre Français unos versos que me han indignado a pesar de que parezcan extremadamente divertidos y perfectamente sensatos a los espectadores parisinos, a quienes incitan a reír sin moderación, y que parecerían como la expresión de una sentencia legal (o ilegal, ad libitum, por no olvidar a nuestro juez Lynch, que es una de las manifestaciones de la propia injusticia) a nuestros gentiles de Illinois, a los del Congreso de Washington y a los del ejército de los Estados Unidos.

Estos son los versos del Sr. Molière, de un salvajismo digno de los trotramundos, los aventureros o los ganaderos más burdos de nuestro salvaje far-west:

La poligamia
Es un caso digno de la horca

Versos crueles, inhumanos, que parecen haber sido compuestos en América, a propósito de nosotros, pero cuyas reminiscencias hubieran bastado para llevarnos por siempre a la perdición en el espíritu de los franceses, que nos hubieran tratado entonces como los libertinos que ellos mismos son.

Por otra parte, la poligamia existe aquí de hecho y, como acabo de insinuar, en forma de libertinaje.

El matrimonio, si bien sigue siendo en Francia una monogamia legal, a menudo se convierte —y, por así decirlo, abiertamente— en una poligamia verdadera, tanto

para el marido como para la esposa, mediante el adulterio, que en esta región es un acto a un tiempo grave e irrisorio, y no es raro que el ridículo que conlleva se convierta en mortal.

Entretanto, si bien para la justicia la poligamia ya no es un caso digno de la horca en este país, si bien los versos citados más arriba son profundamente bufones más que realmente patibularios, la ley francesa no deja de reprimir la poligamia cuando está sancionada por un acto ritual o legal; y mi deseo de evitar graves diferencias con la policía de este país es conforme al que me anima en pro del triunfo de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, puesto que la expulsión de los apóstoles ciertamente arruinaría el pequeño núcleo de creyentes que ha podido reunir el ya constatado celo del hermano Curtis Bolton.

Dicho lo cual, vayamos a los acontecimientos de los últimos días; el gran número de gente que ha perdido la vida en ellos no me deja dudas de que la mía ha estado a un palmo de su pérdida.

Mi voluntad de no mezclarme en política y de no dar apreciaciones que podrían ser mal interpretadas en caso de que se abriera mi carta, como parece ser que habitualmente hace —con razón— la policía, me prohíbe darle a conocer mis ideas en lo tocante a la causa de estos acontecimientos, mas deseo decírsela sin incluir ningún juicio de valor. Los motines y revoluciones en cuyo caos hallé París aún sumido en el mes de abril se han renovado con ocasión de una medida gubernamental que ha sido denominada Golpe de Estado. Básteme añadir como explicación que el presidente de la República francesa, que es un miembro de la familia Bonaparte, medita el restablecimiento en su beneficio de la dignidad imperial. Ha comenzado con una manifestación de absolutismo que ha disgustado a cierto número de personas de todas las clases, particularmente la obrera.

Siguiendo los consejos que me dieron, no salí ni el 2 de diciembre ni el 3. El 4, no obstante, me fue preciso ir a nuestra imprenta, situada en la calle Saint-Benoît, en la orilla izquierda del Sena y, a pesar de estar curtido, no dejaba de sorprenderme de la brutalidad de los soldados. Una desviación me llevó a la calle de la Paix, donde vi a unos lanceros, soldados de caballería, cargando contra una muchedumbre de gente muy peripuesta, de niñas y de niños de la clase acomodada.

No obstante pude apartarme y evitar ser arrollado por los caballos, pero, al volver de la calle Saint-Benoît, cometí el error de tomar un camino que me pareció más corto que el que había seguido anteriormente. Así, fui errando de barricada en barricada y me sería difícil reconstruir en este momento mi itinerario por un laberinto de calles transformadas por las barricadas en improvisadas ciudadelas.

La constitución moral de las naciones europeas es tan diferente de la que rige a los americanos que no sé si comprende usted los motivos de las luchas intestinas que dividen a los franceses. Aquí, nada es verdaderamente democrático. La Igualdad que está grabada en las fachadas de los edificios públicos no la desea ninguna clase de la población.

En nuestro país, todo proviene de lo popular: la religión, las artes, el poder y la riqueza. La nación americana es una escalera cuyos peldaños iguales entre sí no ofrecen al observador sino una diferencia de elevación. Y esta parábola se mantiene tan verdadera en el mundo espiritual como en el material. De tiempo en tiempo se da la vuelta a la escalera y no cambia nada.

En Francia, en lugar de una escalera, se hallarían varias, destinadas a ascender a la misma cima. Cada clase de la población, para expresarme de un modo más directo, forma aquí un Estado dentro de la nación, un Estado con su aristocracia, su burguesía y su plebe; las artes se organizan de esta guisa, y desconocen esa unidad democrática que se admira entre nosotros; las ciencias y los oficios están divididos en base a ese mismo sistema. El arte de la guerra no se comprende de otro modo. Incluso la ciencia de las fortificaciones ha hallado una aplicación plebeya, cosa inverosímil: la barricada; y, en tanto que los sabios guerreros, con gran orgullo de las enseñanzas que les vienen de los ingenieros italianos del siglo XV, siguen aplicando sus conocimientos al perfeccionamiento de las fortificaciones, el pueblo ha inventado la barricada, fortaleza improvisada e imprevista, hecha de adoquines, vigas, toneles, omnibuses volcados, cestos y colchones. Esas murallas se alzan en ocasiones hasta la altura de un segundo piso, y ha ocurrido que los defensores de esos informes montones de desechos y de materiales dispares hayan dado buena cuenta de las tropas regulares y de la artillería.

En nuestro país, todo el mundo es pueblo: millonarios, cultivadores, periodistas, aventureros y ganaderos; sólo se exceptuarían los pastores de ovejas, los negros y los indios; éstos últimos son enemigos benditos a quienes suplantamos en su propio suelo, mientras que los primeros no forman parte de la humanidad.

Aquí, el pueblo sólo lo forman criminales, pobres gentes, obreros, estudiantes, representantes del pueblo, artistas y gentes de letras. ¡Y a veces tiene terribles enfados! El gobierno ha dado cuenta de él fácilmente, en este caso, pero la sangre ha corrido copiosamente.

No le daré detalles de las barricadas que me fue preciso visitar, el día 4 de este mes, para regresar a mi vivienda. La topografía de París no le es familiar y esas explicaciones le resultarían inútiles. Básteme con decirle que en una sola vía llamada Rambuteau, que me vi forzado a seguir a pesar de que me alejaba de mi casa, conté hasta doce barricadas.

En otro lugar, ante una gran barricada que bloqueaba la calle Saint-Denis, a la altura de la calle Guérin-Boisseau, me tomaron por un hombre de la policía, un “soplón”, en lenguaje popular. No lo veía nada claro, y a pesar de mi condición de americano, que trataba en vano de hacer constatar, los amotinados me hubieran fusilado si no hubiera intervenido un representante del pueblo, ilustre como poeta, el Sr. Víctor Hugo. Me interrogó y, después de haberse informado largamente sobre las cataratas del Niágara, los pilotes de México, las costumbres de los osages y el curso del Orinoco, hizo que me soltaran, y frente a los amotinados, que lo escuchaban

respetuosamente, me dijo textualmente: «Sabio ciudadano de los Estados Unidos de América, dará usted testimonio en su libre República de los esfuerzos que los parisinos, ese pueblo de Titanes, llevan a cabo aquí para cimentar la cercana fraternidad de los Estados Unidos de Europa».

Tras lo cual me dejó, después de haberme estrechado las dos manos, y me encerraron en una farmacia que los amotinados habían transformado en fábrica de pólvora.

Por lo que me dijo el presidente de la República veneciana, el Sr. Manin, en ocasión de la visita que me hizo hace unos tres meses y en la que se mostró interesado en el asunto del mormonismo, ese Víctor Hugo viviría, en la medida en que se puede hacer en París sin que conlleve un escándalo, según los principios admitidos por nuestra Iglesia, especialmente en lo concerniente a la poligamia.

Tras algunos momentos, que me parecieron interminables, me permitieron alejarme. De barricada en barricada, entre los muertos y los heridos, y a pesar de los soldados cuyas bayonetas y proyectiles evitaba, me hallé, no sé cómo, en el «boulevard» donde la carnicería era terrible.

Los soldados masacraban a todos aquellos con que se topaban, y los gritos de «Asesinos», «Abajo Bonaparte» y «Viva la república», junto a las órdenes de los oficiales, los lamentos de los moribundos, el crepitar del tiroteo y el estruendo del cañón, se mezclaban, formando una aterradora música. Pensé que era muy posible que se acercara mi hora, y consideré primero refugiarme en una tienda, pero la mayoría estaban cerradas y, al ver en las que habían permanecido abiertas los cadáveres de los comerciantes, deduje que no había refugio alguno que los soldados respetasen. No tuve valor para sumergirme en las estrechas callejuelas que conducían a mi casa. Temía caer una vez más junto a alguna barricada, y ello me parecía tan peligroso como verme expuesto a la brutalidad de los soldados.

En eso, se puso a llover, y el fango que se formó rápidamente estaba teñido de sangre en varios lugares. Los que pasaban, amotinados queriendo regresar a su barricada, se apresuraban, a veces encorvados para escapar a los proyectiles, o bien orgullosos y desafiando a la fuerza armada con gritos llenos de insolencia. En cualquier caso no se detenían, deseosos de evitar la llegada de los soldados, de los que dos tropas venían en sentido contrario. Yo, por mi parte, convencido de no poder escapar de ellos, me preparé a morir. En ese momento, un grupo de jóvenes y de muchachas, vestidos con elegancia, pasaron junto a mí riendo. Se me ocurrió seguirles, pues parecían preocuparse poco del motín e incluso creerse al amparo de los peligros; pero mientras reían y bromeaban, esos libertinos —pues no eran otra cosa— se volvieron y me apartaron a golpes de bastón, diciendo: «Ve por tu lado, abuelo, no somos de tu cuerda».

Y una de las muchachas, que también se había girado, recogió una botella vacía que se hallaba a sus pies, al lado de un shako y de un soldado muerto, y me la arrojó violentamente, gritando: «¡Venga, apresúrate, Pamela, y ten cuidado con ese

socialista!».

En ese mismo momento, la botella me alcanzó en la frente, aturdiéndome e hiriéndome encima de la ceja derecha. Inmediatamente, oí una voz dulce que me decía: «Pobre hombre, está usted sangrando».

Y junto a mí hubo un roce de seda, en tanto que una mano delicada secaba con un pañuelo perfumado la sangre de mi herida.

Primero creí que era el ángel Moroni que se manifestaba en el campo de batalla y venía a salvar a uno de los fieles de Joseph. Mas los desalmados libertinos que en ese día de luto corrían hacia algún cabaret, Rocher de Cancale o algún otro, para festejar y regocijarse de las desgracias populares, y que seguían gritando, mientras se alejaban: «¡Pamela, corre, ven con nosotros, que llegan los soldados!», me hicieron comprender que junto a mí no estaba el ángel Moroni, sino simplemente esa Pamela que se retrasaba, a quien llamaban sus compañeros pero ya sin arriesgarse —a pesar de su despreocupación— a venir a buscarla a ese lugar peligroso en el que permanecía voluntariamente para socorrerme. Los batallones llegaban corriendo, acompañando su paso, y el cadencioso sonido que hacían sus pies se acercaba siniestro, como una danza macabra.

El ángel Pamela no se preocupaba por ello, y yo pensé que iba a morir con ella. Ese final novelesco me entusiasmó por un momento y pensé gritar, cuando me alcanzasen las bayonetas, un «¡Viva la República!» que, destinado en mis labios a glorificar legítimamente nuestros Estados Unidos, había de parecer (y era esa una broma mortuoria que me pareció excelente) a los soldados que iban a convertirse en mis verdugos, una apología in extremis del régimen popular contra el que combatían.

Pero la mano que me había limpiado el rostro me tomó la muñeca y me arrastró, confusamente distinguí los uniformes militares y la silueta angelical de la mujer que me había socorrido; ahora llevaba en la mano izquierda el pañuelo manchado con mi sangre y ese paño me hizo pensar en Cristo y en la Santa Verónica. Ese edificante pensamiento me ocupó durante el tiempo que nos llevó atravesar el «boulevard» y alcanzar —justo a tiempo para no ser presa de los soldados— una calle adyacente.

Acaba usted de leer, hermano Brigham, como escapé por así decirlo milagrosamente del disciplinado furor de los militares, y le ruego que excuse la digresión que sigue sobre las mujeres francesas.

Se podría decir de ellas lo que le escribí anteriormente en relación con los sacerdotes católicos. Valen más que los de cualquier religión y en ninguna parte, excepto en nuestra Iglesia, se hallan tantos santos. No es sorprendente, puesto que el catolicismo es la verdadera religión que sucedió al mosaísmo y que detentó la verdad hasta la aparición del ángel Moroni a Joseph Smith. Y a menudo me han maravillado las verdades que los sacerdotes católicos se esfuerzan por propagar con un valor y una buena fe indecibles.

Lo mismo en cuanto a las mujeres: aquí son excelentes en cuanto a salud, trabajo, valor, gracia, gusto, dulzura y buen humor, y las que se apartan de la

compostura que conviene al bello sexo son conducidas a ello más por los vicios de las instituciones que por su propia inclinación.

En ningún lugar sería tan útil la poligamia como aquí, donde se ha perdido completamente la noción del matrimonio. La libertad en el amor se presenta como un derecho incontestable para muchos socialistas y la poligamia es admitida por el propio Fourier tanto en el matrimonio como en el celibato, mediante la institución eminentemente inmoral del bayaderismo.

La poligamia es salud para el hombre y para la mujer, suprime la prostitución y las desgracias y enfermedades que ésta acarrea; aumenta la majestad del hombre al satisfacer su gusto innato por la dominación. Esa constitución patriarcal convendría perfectamente en este país, al que regeneraría resolviendo tal vez la cuestión social, eliminando las luchas intestinas, esas ideologías malsanas que empobrecen los cuerpos y los espíritus. En lugar de eso, el adulterio, al crear una poligamia clandestina, y la prostitución, al convertir el acto de la carne en algo vergonzoso, destruyen la felicidad que siente el hombre al procrear, conducen a los hombres a hacer locuras y arrojan al mundo a miserables niños sin familia, sin destino y condenados al desprecio por su ilegitimidad.

La mujer que me había arrastrado me hizo correr mucho tiempo. Finalmente nos hallamos ante una casa e, invitado a subir, seguí a mi salvador hasta un apartamento elegante; la que me había introducido gentilmente en él, me dijo:

«Mi padre y mi hermano son obreros. Combaten contra la tiranía. Es por eso que mi corazón se ha sublevado al verlo herido por esa boba de Berthe. Inmediatamente me decidí a salvarle. ¿Es usted representante del pueblo?»

Di a conocer a esa persona mi calidad de americano y de misionero mormón y pareció vivamente interesada, diciéndome: «He sido Hija de María... Eran los buenos tiempos».

Y comprendí que esa joven vivía en la perdición y que pensaba con añoranza en sus años de inocencia. De inmediato pensé que sería una excelente mormona y que, siendo escasos los franceses entre los Santos, no le disgustaría a usted tener allí un espécimen femenino de la ingeniosa raza de los franceses a los que tanto debe la civilización en todos los campos. Adoctriné a esa mujer de vida alegre y regresé cada día a ese barrio Bréda en el que vive, le mostré que la felicidad la esperaba en Salt Lake City, que poseíamos la doctrina verdadera, que tendría un marido amable, que las mormonas eran instruidas y bien educadas, que nos gustaban los bailes, la música y las representaciones teatrales, que en Salt Lake City nos esforzábamos por seguir la moda de París y que, siendo parisina, su gusto la haría dominar en ese campo a todas nuestras hermanas. En fin, ya fuera por el matrimonio o por los detalles de nuestro lujo, la Srta. Pamela me escuchó, barajando sus remordimientos y reflexionando. Supe que le había pedido consejo a su portera, y que ésta se había opuesto ardientemente a mi proyecto. Unas amigas de Pamela la disuadieron de escucharme, pero ella tuvo el sentido común de pedir opinión a su padre, un obrero

muy escuchado en las barriadas y menos conocido por su nombre de Monsenergues que por el apodo de parisino, la Corona de amores. Ese hombre decente, vino a casa de su hija y la exhortó a la virtud. Odiaba la debilidad que había demostrado al no inmolarse a su hija el día en que, arrastrada por el amor al placer y al lujo, había escapado a la autoridad paterna para vivir en la perdición.

Escuché con lágrimas en los ojos a ese hombre rudo y sensible cuyas manos callosas hacían gestos dulces.

Tras saber lo que yo aconsejaba, se exaltó, me habló elogiosamente de América por lo que sabía del Campo de Asilo y de los generales de la Cincinnati. Conminó a su hija a seguir mis consejos. Tras reprobar los acontecimientos políticos que acababan de suceder y en los que había estado mezclado, me expresó su indignación porque la tiranía había proscrito a un hombre que tenía en alta estima, de nombre Agricol Perdiguier, llamado Aviónés la Virtud.

Esa reunión decidió a Pamela Monsenergues a hacer las maletas y a vender o repartir todo aquello que hubiera sido un estorbo en el viaje y en nuestro país, y tengo el placer de anunciarle que esa señorita ha decidido unirse a un grupo santas que partirá dentro de poco para América, guiado por el hermano Lorenzo Snow. Habrá en él algunas inglesas, danesas y noruegas, una francesa y una familia suiza completa. El hermano Lorenzo Snow, que lleva una nueva esposa a su hogar de Salt Lake City, ha resuelto acompañar a la caravana.

Lamento no poder enviarle más francesas. Pero estará contento con el grupo de becerras que encamino hacia ustedes, y los poderosos toros de nuestros sagrados establos las fecundarán con placer para que se agrande, en paz y felicidad, el precioso dominio que los dioses han entregado a la custodia del hermano Brigham, nuestro profeta.

Para concluir esta carta, he de anunciarle que un pastor anglicano acaba de sacar a la luz un libro en el que implícitamente se esfuerza por desmentir las verdades étnicas que forman la base de nuestra religión y que fueron proclamadas antes de este siglo por los escritores católicos, defensores de toda la verdad hasta la aparición del ángel Moroni a Joseph. Ese pastor, en su viaje a Asia, hallándose entre los nestorianos dice haber reconocido en ellos a los representantes de diez tribus cuyas trazas históricas se habían perdido hasta el día en que el Libro de Mormón demostró que, habiendo emigrado a América, no quedaba hoy en día sino una escueta parte de una de las naciones descendientes de ellas, y la peor, la de los Lamanitas, judíos castigados por Dios, pero que no dejan por ello de ser los últimos representantes de su pueblo, esto es, la raza roja que respetamos. Esa obra, llena de mala fe, no hace siquiera mención a nuestras verdades, y su publicación ha constituido para mí otra ocasión de reconocer la infernal ignorancia y la jactanciosa perversidad de esas sectas que la iniquidad ha originado en el mundo. Por el contrario, los sacerdotes católicos conocieron la verdad por revelación antes de la revelación completa de las placas a Joseph Smith, que tenía el catolicismo en gran estima. Viven con dignidad, son

desinteresados y están llenos de santidad. Eran los guardianes de la verdad, y nuestra Iglesia no es al catolicismo otra cosa que su prolongación moderna y adaptada a las nuevas revelaciones.

Apele a su solicitud respecto a mi familia y le ruego, según una revelación, que no dude en reemplazarme por un sustituto junto a mis esposas si ello fuera preciso durante mi ausencia.

Con sumo respeto, su

HERMANO JOHN TAYLOR, el Mártir.

*

Elvire se detuvo; sus ojos interrogaban a ese supuesto Ponto Euxino que se hacía sangre en los dedos arrancándose los pellejos de alrededor de las uñas y el viejo Mahner le dijo: «Me acuerdo perfectamente del mártir John Taylor, de Lorenzo Snow y de su abuela Pamela. Si tiene usted tiempo, le evocaré su historia. No podría contársela nadie más que yo.

»Yo era entonces un niño, pero los niños vivían en una promiscuidad llena de libertad. Éramos observadores, pero no éramos inocentes. Mi madre, que murió allá, era una de las once mujeres de Robin Furmesneare; pero lo que usted espera de mí no es la historia de mi madre, sino la de su abuela. Escúcheme, y si la aburro, dígame, pues no seré breve, complacido como estoy de extenderme sobre un tema tan singular y sobre el que rara vez tengo ocasión de hablar».

—De acuerdo —dijo Elvire—, dígame todo cuanto sepa respecto a mi abuela. Creo que debía de parecerse a mí.

—Es cierto —replicó el viejo Otto tras mirarla atentamente—, pero tenía un aire enfurruñado e insolente a un tiempo, mientras que usted tiene sobre todo un aire cerrado.

—¡Cuánto la quiero —exclamó Elvire—, y cuán feliz debía de ser por vivir en una época tan llena de imprevistos!

—No se queje. En cuanto a imprevistos, me parece usted bien servida, ¡Rusia, los grandes duques, la pintura, la guerra! ¿Qué más necesita?

—No es lo mismo —observó Elvire—. Por sorprendente que parezca, mi vida no deja de ser de lo más prosaica.

—¡Es usted muy difícil! —concluyó el Ponto Euxino—, no sabe saborear la existencia.

Y se volvió hacia el anciano para invitarlo a comenzar su relato.

IV

Fue en Utah —dijo el viejo Otto Mahner—, en la plaza que ocupa el centro de la Gran Ciudad del Lago Salado, hacia las tres de la tarde. La caravana apareció primero como la pequeña humareda de un tiroteo. Se condensó en numerosos puntos negros que surgían del horizonte, desde donde serpenteaban como una procesión de hormigas. Enseguida se vio más grande el cortejo; junto a los furgones recubiertos de tela, las carretas y los que iban a pie —hombres y mujeres cargados con fardos—, se vieron siluetas de jinetes armados, y se oyó el clamor de la gente, el chirrido de las ruedas, el relinchar de los caballos.

Después, los que iban a pie, los jinetes y los carruajes entraron en la capital de los Santos de los Últimos Días por grupos, sucediéndose sin orden, a intervalos.

Tras una travesía de cinco meses sin ver más tierra que el sombrío peñasco del cabo de Hornos, el grupo de emigrantes había desembarcado en California para unirse a los sectarios polígamos de América. Había sido preciso realizar un penoso viaje a través del gran desierto de sal y todos, hombres y mujeres, tras bajar de los caballos o salir de los furgones, contemplaban, sentados en el suelo, la ciudad construida en anfiteatro ante los montes Wasatch, cuyas nieves eternas se teñían delicadamente de rosa claro y verde pálido. Esos viajeros polvorientos y esas muchachas inquietas y enflaquecidas aguardaban el regreso del apóstol, Lorenzo Snow, que había ido a casa del Profeta, y la fatiga les imponía el silencio.

De la plaza salían amplias calles y las casas de madera, espaciadas regularmente, se alzaban en medio de vergeles llenos de albaricoques y melocotoneros henchidos de frutas.

Alrededor de la plaza, elegantes tiendas de modistas, de *luthiers* y de vendedores de grano, tabaco, licores, comestibles y herramientas de arar anunciaban sus mercancías en letreros multicolores y la mayoría de ellos tenía, para mostrar que el comerciante era mormón, la figura de un ojo pintado en azul.

Había también mostradores de cambistas, y ante un hotel, en macetas violetas, unos pequeños naranjos redondeaban su mapamundi de hojas.

Al poco, todos los tenderos vinieron a los umbrales de sus puertas para examinar a los emigrantes. Unos fumaban en pipa, otros mascaban tabaco y de tiempo en tiempo arrojaban al suelo un largo chorro de saliva de un pardo cobrizo, y algunos, por último, con una navaja en la mano derecha, iban tallando poquito a poco un trozo de madera que sostenían en la mano izquierda.

Los niños iban rodeando poco a poco a los recién llegados y los chiquillos, delgados y con aspecto vicioso, daban la mano a las niñas, las tomaban por el talle, las abrazaban descaradamente parlotando, riendo y haciendo muecas dirigidas a los viajeros.

Una de esas zagalas fumaba un cigarrillo apartándolo después de cada calada, que

aspiraba con los ojos cerrados. Eran los hijos primogénitos de la ciudad naciente.

¡Urbes!, sois los monumentos más sublimes del Arte humano. El movimiento indefinido de la marcha del hombre se eleva hacia la inmovilidad infinita. El cansancio hace al mundo desear el descanso lleno de actividad de la vida vegetativa. Los errantes se detienen y, manteniéndose unos cerca de otros como los árboles en el bosque, echan sus raíces espirituales, sus casas se alzan, la ciudad proyecta sus sombras. Y la maravillosa unidad del nuevo asentamiento, con sus torres y sus viviendas, sus acueductos y sus cloacas, sus arquitectos y sus pontífices, aparece en su plenitud bajo el nombre de urbe.

Esos niños jugaban al sol, no se les había enseñado el pudor. Vivían en una sociedad en la que la religión honraba y prescribía el acto de la carne y los serrallos paternos exaltaban su concupiscencia.

Tres indios salieron con aire orgulloso de un despacho de licores. Eran utes, vestidos con viejos pantalones, tocados con gorros forrados de visón, calzados con preciosos mocasines ornados con abalorios blancos y verdes, y con un pañuelo rojo anudado a sus cuellos desnudos. Esos pieles rojas caminaban con dignidad, sabiendo que se los consideraba el resto de los Lamanitas, la última nación descendiente de las diez tribus de Israel que se perdieron tras la cautividad de Babilonia, y cuya historia, grandeza y desgracias en el continente americano encierra el Libro de Mormón.

Formaban la nobleza de la nueva ciudad en la que, por deferencia a su origen, se los dejaba vivir piojosos, libertinos y miserables. Y las tradiciones que aún observaban, a pesar de su decadencia moral, habían servido de modelo para los reformadores mormones.

De pronto la plaza se animó violentamente. La gente de la caravana se levantó y los pocos hombres que formaban parte de ella se apartaron para mezclarse con la muchedumbre que invadía la plaza desde todos los rincones. Junto a los carros no quedaron más que mujeres que hablaban entre ellas, se cepillaban el pelo una a otra o se retocaban el peinado con coquetería, para mostrarse en todo su valor. Había inglesas bien proporcionadas, en pantalones mexicanos de bajos muy anchos y adornados en las costuras con bandas de flecos de cuero. Había también danesas y noruegas que, por pudor, no habían osado ponerse ropas de hombre. Parecían pretenciosas y miserables con sus faldas escandalosas, ahora ajadas por el viaje: los volantes se habían rasgado y los aros de los miriñaques se habían roto. Una joven suiza estaba aún más ridícula, con galas anticuadas que databan de antes del 48, y en la cabeza llevaba un microscópico sombrerito. Por último, una de esas mujeres —la misma que le interesa a usted, Elvire, su abuela Pamela—, vestía de marinero, con una boina sobre sus cabellos revueltos, y no parecía incómoda por su aspecto; con las manos en los bolsillos, miraba con atrevimiento al pueblo que bullía en la plaza y que parecía agruparse en dos congregaciones que no querían mezclarse en absoluto, a pesar de que el enjambre de los chiquillos recorriera una y otra.

Los indios se habían sentado en el medio de la plaza y, desdeñando el tabaco,

fumaban su kinikinik en preciosas pipas de arcilla roja.

Cerca de ellos vinieron a situarse unos personajes vestidos con largas túnicas blancas; iban tocados con tiaras, igualmente blancas con puntas redondas y abultadas. Era el grupo vengador de los Danitas.

Desfilaron por la plaza de la Unión con fusiles de culata chapada en plata repujada. En el rostro llevaban un lobo de seda verde, y bajo los agujeros efectuados a la altura de los ojos temblaban lágrimas de oro. Pedacitos de oro virgen y de minúsculas conchas adornaban las muñecas de sus guantes de antílope, y sus mocasines estaban enteramente recubiertos de plumas multicolores que formaban motivos decorativos y cuyos tintes contrastaban delicadamente; detrás de los indios que fumaban sentados al sol, los maravillosos danitas se mantuvieron inmóviles, y los cortejos de esposas atravesaron la plaza en todas las direcciones, y se alzaban palabras apasionadas entre las que se podían distinguir las palabras Exterminadores, Ángeles, Amor, Eternidad, Música, Muerte, Venganza, Besos y Esclavitud.

Entonces llegó gente de todas las razas: había escandinavos en pantalones con bajos de rayas blancas y azules y en la oreja derecha llevaban todos un anillo de oro. Había rusos en camisa roja, con el pelo largo, tocados con gorras verdes de larga visera que bajaba en ángulo muy agudo sobre los ojos. Había ingleses desplegando sus barbas cual collares, los bigotes rasurados, había americanos de rostro lampiño, con patillas que descendían hasta la altura de lóbulo de las orejas, había algunos judíos vestidos con largos tabardos y de grandes barbas. Había alemanes con gorras de paño, muchos de los cuales llevaban gafas. Todos eran mormones y su cortejo se cuadraba alrededor de los danitas y de los indios en cuclillas. También se unió a ellos una mujer ute, repugnante a la vista de tantas arrugas que tenía, y en sus hombros desnudos, en su rostro y en su cabeza, unas heridas pustulosas se cubrían de moscas que le succionaban la sanguinolenta supuración.

Después hubo más mormones de todas las razas, unos embutidos en sus camisas de cuello italiano con corbatas anudadas en el mismo estilo y levitas de buen corte y otros con trajes pobres pero limpios.

Vino también, conducido por dos chiquillos, un ciego tembloroso descalzo; no llevaba más ropa que un pantalón y una camisa y en las muñecas llevaba brazaletes de pepitas de oro agujereadas ensartadas en cuerdas. En el cuello llevaba un collar del mismo tipo, y un cinturón igual le rodeaba el talle. Y ese ciego era el hombre que, en 1840, había descubierto el oro en California. Se decía que desde ese día se había puesto a temblar de fiebre. Y esa fiebre del oro, se la había comunicado al mundo entero. Se decía también que lo había cegado el resplandor del oro y venía cada día, rico y teniendo mujeres e hijos, a la plaza de la Unión, a contar su historia:

«Yo volví de la guerra de México para unirme a los Santos. Atravesaba California a pie, trabajando aquí un día y partiendo al día siguiente, buscando empleo cada vez que se me agotaban los recursos... Un día, estaba trabajando por cuenta del

antiguo capitán de los suizos del rey de Francia Carlos X; estaba pensando en mis hermanos y en mis mujeres cuando me incliné para lavar en el río que hacía girar el molino y encontré una pepita. No me equivocaba. Las había visto en donde un cambista de Frisco. Oculté mi descubrimiento durante varias semanas, después todo se supo, pero en ese tiempo yo ya me había hecho rico, y fui yo quien salvó de la bancarrota a nuestra nación y fui el instrumento que los dioses escogieron para que se cumpliera la profecía de Joseph Smith, cuando predijo que los billetes que había emitido y que no se querían valdrían algún día tanto como el oro. Fui yo quien encontré todo el oro de nuestra moneda, la más preciosa que existe, puesto que es de oro puro. Y ahora ningún otro mormón tiene ya derecho a ser buscador de oro.

Y las pepitas sagradas que llevaba sobre sí le daban un aspecto salvaje.

En la otra congregación se juntaban los gentiles que vivían en la ciudad mormona. Se veía, al igual que entre los mormones, gente de todas las razas: americanos, holandeses, italianos, mexicanos. Había además negros, muchos chinos y algunos hawaianos y japoneses. Eran familias enteras de monógamos, de tramperos, aventureros, desesperados de la frontera mexicana, misioneros católicos y de diversas sectas, desertores de diversas marinas europeas, huidos durante una escala en California, atraídos por la prosperidad de la nueva ciudad. Hombres y mujeres observaban con cierto desprecio a la congregación de mormones y a la cuadrilla de mujeres recién llegadas, y en medio de los gentiles se paseaban riendo y vociferando, con los rostros llenos de afectación, los gestos amanerados y con muchos aires, con andares de noble y adinerado, una compañía de histriones que iba a actuar esa noche en el teatro. Y esa actriz tan delgada, tan rubia y tan majestuosa, que andaba a la cabeza y llevaba un vestido de cola que sujetaba tras ella el director de la compañía —un pequeño jorobado de frac negro y sombrero de copa—, sonreía a las chicuelas y apartaba a golpes de abanico a los hombres que no se cuadraban lo suficientemente rápido a su paso. Se detuvo cuando sus camaradas, actores y actrices, por medio de grandes gritos y largas declamaciones, la desviaron de ir a perderse delante las congregaciones entre los cortejos de esposas que no paraban de llegar.

Estaban las mujeres del elder Lubel Perciman. Se contaban catorce, todas vestidas con trajes de faya negra con volantes de encaje color fuego. Llevaban el apellido de su marido y se distinguían por el nombre de pila. Estaban también las esposas del León del Señor, el profeta Brigham Young. Había veinticuatro, de las cuales la más joven tenía trece años, mientras que dos de ellas tenían más de treinta: una treinta y ocho, y la otra cincuenta y cuatro años. Se distinguían por su número de orden, y la esposa núm. 19, que tenía veinticuatro años, no dejaba de volverse apasionadamente hacia el lado de los danitas. Eran todas muy elegantes y llevaban joyas de valor. Estaba también el grupo severamente vestido de las veintidós esposas de la Viña de Canaán, Walter Ruffins. Arrastraban por el polvo sus vestidos grises, iban tocadas con grandes sombreros de fieltro negro sin ornamento alguno y cuyas coronas imitaban la forma de uno de dos picos muy bajo, mientras que las alas, muy

anchas y encorvadas por adelante y por detrás, se estrechaban por los lados. Estaba el cortejo de las once mujeres del Sol de la Perfección, Robin Farnesneare. Una de ellas llevaba un traje de lana roja, era mi madre, dos tenían vestidos de seda color pulga, y otras dos llevaban faldas de tela blanca almidonada con canesúes amarillos de tirantes rosas, cuatro llevaban falda corta, unas azul y otras verde, con un gran lazo escocés de rayas amarillas, negras y rojas en la parte de atrás, y finalmente la última tenía un vestido de seda de colores cambiantes, corto de talla; tenían el pelo suelto y llevaban en la cabeza pequeñas diademas indias de plumas blancas y rojas. Llevaban el apellido de su marido precedido por su apellido paterno. Las once estaban en estado y el embarazo de todas ellas parecía avanzado; sus enormes vientres se balanceaban delante de ellas dándoles una noble apariencia.

Otros grupos de mujeres se apresuraban tras ellas. Cual río turbulento, fluían desde todas las calles y ahora en cualquier parte que se posaran las miradas de las emigrantes no se veían más que mujeres, y casi todas estaban embarazadas. Eran tan numerosas que ya no se distinguía detrás de ellas ni la congregación de mormones ni la de gentiles. Y poco a poco, fue habiendo tantas mujeres preñadas que parecía que en la plaza de la Unión no hubiera otra cosa que sus enormes vientres que se meneaban como las ondas de un lago en el que flotasen como taponés de corcho las cabezitas de rostros afeados por el embarazo.

Y las emigrantes se asombraban de que se manifestase tanta fecundidad tras la esterilidad del desierto de sal. La religión que habían abrazado en Europa pocos meses antes era la de la fecundidad. Luego, mezclándose al grupo de las mujeres extranjeras, las fecundas matronas alababan su felicidad, describían las alegrías de su hogar y loaban la fuerza y la inteligencia de sus esposos:

—Venga conmigo, muchacha, somos ya cuatro esposas y vivimos en común junto a nuestro esposo. Venga a compartir nuestras caricias comunes. Nuestros hijos aún son pequeños, no sabrán jamás cual de nosotras es su madre y su piedad filial nos envolverá a las cinco.

—Venga conmigo, muchacha, en casa viven cinco esposas y nuestro marido tiene otras tres mujeres, dos que vivieron anfaño y otra que nacerá dentro de tres siglos.

—Venga conmigo, muchacha, será usted fecunda en la nación de la fecundidad. Nuestra nación cubrirá el mundo y será la hora, entonces, de la felicidad.

—Venga conmigo, muchacha, mi marido tiene quince mujeres y será usted la más mimada, al ser la más hermosa.

—Venga conmigo, muchacha. Somos veinte esposas y cada una tiene su hogar en un vergel lleno de frutos, y nuestro marido nos visita por turnos.

—Venga conmigo, muchacha, yo también vine de Europa, un día. Había perdido mi único amor. Y esta es la ciudad sin amor. Y, ¿hay alguna felicidad comparable a la de la carne satisfecha cuando el espíritu no puede ya conocer los celos?

Y esas esposas embarazadas querían seducir a las europeas para traérselas a sus

maridos. Hablaban con entusiasmo de su felicidad sin amor, sin celos. Y casi todas habían olvidado antiguos juramentos de ternura.

Los vientres de esas mujeres profetizaban la grandeza de la nación. Su descendencia pulularía por el mundo.

Varias esposas en cada hogar se animaban unas a otras, se ayudaban, se cuidaban mutuamente y se ponían de acuerdo para que el esposo, liberado de las preocupaciones de la carne mediante la variedad de las satisfacciones, pudiera consagrarse a sus proyectos de riqueza, mientras que la fecundidad de sus mujeres aumentaba la actividad del hombre a medida que crecían las necesidades de la familia.

En la plaza de la Unión había ahora tres congregaciones: la de los gentiles, a la que se habían unido los hombres inferiores —los negros, los amarillos y toda la población salvaje de aventureros—; la congregación de los mormones con los lamanitas que habían olvidado que después de su resurrección, Cristo vino a predicar a las tierras americanas, y por último la congregación de mujeres en la que la fecundidad de las mormonas desplegaba su fasto y sus promesas de futuro ante los ojos de las europeas.

En ese momento, la plaza entera vibró y las cabezas se giraron hacia una amplia avenida por la que un pequeño grupo de hombres avanzaba majestuosamente. Iban vestidos de negro y tocados con sombreros de copa. Era el consejo de los doce: Weber C. Kimball, el Heraldo de la Gracia; Perley P. Pratt, el Arquero del Paraíso; Orson Hyde, la Rama de Olivo de Israel; Willard Richards, el Guardián de los Archivos; William Smith, el Báculo Patriarcal de Jacob; Wilfred Woodruff, el Estándarte del Evangelio; George A. Smith, el Entablamiento de la Verdad; Orson Pratt, el Indicador de la Filosofía; John Page, el Cuadrante Solar; Liman Wight, el Carnero Salvaje de las Montañas. Faltaba el Campeón del Derecho, John Taylor, que estaba viajando por Europa. Y, cerrando la procesión, venía el León del Señor, el propio Brigham Young, a quien se comparaba con San Pedro; era el segundo profeta del mormonismo, el fundador de la nueva nación, y ostentaba el título de Presidente de los Santos de los Últimos Días. Charlaba amistosamente con Lorenzo Snow, el elder que había venido de Europa para acompañar a los neófitos.

A la vista de los ilustres personajes, las mormonas se reagruparon y dejando allí a las emigrantes, fueron a engrosar las filas de la congregación de los Santos. Lorenzo Snow presentó al Profeta a las nuevas hermanas y los emigrantes que habían ido a mezclarse con los gentiles regresaron y fueron también presentados, y se sellaron varias uniones entre emigrantes y mormones que vinieron a pedir las. También se sellaron dos uniones entre un emigrante y dos de sus compañeras de viaje. El propio Profeta aumentó su harén con una noruega que no cesaba de reír y de ruborizarse, una inglesa atrevida cuyas formas llenaban bien el traje mexicano, y una húngara de ojos grises que no había sido capaz de aprender ni una sola palabra de inglés en todo el viaje, en tanto que sus compañeras noruegas, alemanas, danesas, italianas, suizas e

incluso esa francesa, la única que se había podido traer, se habían puesto con ello rápidamente.

Los emigrantes y las emigrantes estaban ahora casados. No quedaba más que esa francesa vestida de marinero. Había rechazado, uno detrás de otro, a todos los mormones que habían pedido su mano; el propio Profeta le había pedido que entrase en su harén y lo había rechazado como a los demás. Brigham Young la había observado un momento atentamente, para luego invitarla a venir a su casa hasta el día en que quisiera casarse. Los emigrantes y las emigrantes fueron todos a situarse en la congregación mormona; las esposas antiguas acogieron con alegría a sus nuevas hermanas; los dignatarios del consejo de los doce fueron a colocarse al lado de sus mujeres y entonces no hubo más que dos congregaciones, la de los gentiles y la de los mormones y Brigham Young estaba delante de ellas teniendo a su lado, agachada, a esa francesa caprichosa que añoraba ahora tres habitaciones sombrías, llenas de perifollos y figuritas de adorno en una calle empujada de París y los conjuntos de baile de la Grande Chartreuse en donde, tres años atrás, había debutado con su gorro, bajo la inmensa tienda que llamaban —por la victoria de Isly— la tienda marroquí. ¡Lejanos recuerdos! ¡Estaba frente a un obrero fashionable! ¡Lejanos recuerdos! Era una mujer fácilona entre los soldados ausentados, algunos estudiantes bohemios y los pintorzuelos. ¡Lejanos recuerdos!, en el barrio de Bréda, se había convertido en loreta. Canturreaba:

Así es la loreta,
fierecilla moreneta,
que tararea siempre muy bajito
Ame mucho, señor, estudie poquito.

En la plaza de la Unión, Brigham Young había alzado las manos y todos los hombres, mormones y gentiles, se habían descubierto. Entonces el Profeta se puso a hablar. Alabó la nobleza de la nueva religión, diciendo que estaba abierta a todas las verdades a medida que iban apareciendo. Se regocijó de que los dioses hubieran enviado ángeles entre la nación sagrada. Ordenó a los ricos que distribuyeran lo superfluo a los pobres. Exaltó la poligamia, haciendo elogio del acto de la carne.

—Es una alegría inmensa para el hombre poder procrear como la divinidad. ¡Y que se pretenda limitar el poder creador del hombre al vientre de una sola mujer! ¿No es acaso un insulto a la procreación? ¿Acaso cesa ese poder creador del hombre durante el embarazo de su esposa? ¿Y entonces, mientras éste dura, por qué prohibir al esposo procrear? ¡Creced y multiplicaos, hijos de Dios! La voluptuosidad nos diviniza, subimos al cielo cuando la sentimos. Naced, naced, hijos e hijas de los Santos, creced y multiplicaos en el nombre de Merer, por Odiroth, Merevoss, Marinikambinissim...

Y continuó hablando así, en una lengua revelada, y la emoción del pueblo entero

de los mormones y los gentiles llegó a su punto culminante y todos los ojos brillaban cual gemas incandescentes. Luego, unos gritos chillones salieron de la muchedumbre mientras el Profeta hablaba. Los brazos se agitaban, las mujeres embarazadas reían tan fuerte que, sin poder ya sostener el peso de sus vientres, caían al suelo. Se oían canciones extravagantes y los indios lanzaban exclamaciones guturales que sonaban como una campanada fúnebre, después hubo gritos desgarradores de mujeres del lado de los gentiles y algunos hombres, sacudidos por el terror, temblaban entre sollozos. Y los gritos roncós de las mormonas se convirtieron en aullidos y unas cuantas personas se desmayaron lanzando un grito penetrante que resonaba como la siniestra llamada de un pájaro de mal agüero. Entonces un frenesí delirante sacudió a toda la muchedumbre. El bark dominó a todo el pueblo, y todos aquellos que no se habían desmayado se pusieron a cuatro patas y, alzando la cabeza, mirando a Brigham Young de frente, ladraban como perros furiosos. El sacerdote proseguía y la voz del Profeta se alzaba en forma de palabras reveladas por encima de los gañidos de los hombres y las mujeres. Gritaba con todas sus fuerzas, con los ojos alzados hacia el cielo, su sombrero de copa echado para atrás, el cuello hinchado, y sus esfuerzos desgarraron la botonera de su cuello italiano, la corbata remontó hasta el cuello, la camisa se abrió y el bocio del Profeta se extendió sobre su pecho como pis de vaca. Hablaba con una voz atronadora y ahora se inclinaba para mirar a los ojos de esos ladrones que se acercaban a él, a cuatro patas, que gruñían y enseñaban los dientes.

Entonces se quitó la levita y la agitó por encima de su cabeza lanzando gritos inarticulados y todos esos perros rabiosos se volvieron a levantar y súbitamente la plaza quedó inmóvil y el Profeta retomó su sermón en lengua revelada.

En breve ese pueblo frenético fue presa de convulsiones; las gordas mujeres tenían espasmos violentos como si fueran a dar a luz; algunos hombres se contorsionaban como un paño que se retuerce y un grupo de mujeres corría marcha atrás alrededor de la plaza y sus cabezas se desarticulaban por el entusiasmo hasta el punto de que el rostro se hallaba ahora del lado de la espalda. Los ojos de los indios se habían salido de sus órbitas y les colgaban sobre el rostro como arañas agarradas a su tela. El jerk lo convulsionaba todo, a los lugareños, a la ciudad. Sus rostros transformados resultaban irreconocibles y su fisonomía cambiaba de un momento a otro.

Luego, en el entusiasmo creciente bajo los gritos del Profeta, todos se agacharon y se pusieron a saltar como sapos agitando los brazos, contorsionándose como reptiles desconocidos, grotescos y espantosos. Y la voz del Profeta se hizo más dulce, ahora hablaba de un modo acariciante y las contorsiones cesaron. El pueblo entero se arrojó al suelo y rodó a uno y otro lado como si lo estuvieran mecendo. El movimiento de los cuerpos se aceleró y había algunos que, rígidos, rodaban atravesando toda la plaza y regresaban chocándose, rebasándose, mezclándose e hiriéndose.

Y Brigham Young se puso a cantar con una voz penetrante y muy aguda mientras seguía agitando su levita, y sus estridentes modulaciones sacudieron a todos esos cuerpos que se levantaron de golpe y luego se combaron en círculo, tocando los pies con la cabeza, y se pusieron a rodar así a través de la plaza como aros imperfectamente circulares.

Rodaban por millares y el Profeta seguía cantando hasta el momento en que, declinando ya el sol, convirtió su levita en látigo y fustigaba con ella a esos aros humanos para echarlos hacia las calles vecinas donde se detenían lanzando un grito terrible y permanecían inmóviles, cubiertos de polvo y de baba sanguinolenta».

V

—Es horrible —dijo Elvire, tras un instante de silencio y mientras el viejo Mahner tomaba aliento—. Es horrible. Y yo que pensaba que era tan divertido ser mormona.

—La poligamia no es moco de pavo, por lo que oigo —observó el Ovidio postizo, de cuyo valor daban testimonio una condecoración, dos estrellas de plata y una de oro—. Siempre lo había sospechado. Y el peligro de ser un fanático es tan grande como el que hay que afrontar al ir al asalto de una trinchera dotada de metralletas.

—Esas escenas de fanatismo, extremadamente frecuentes en América treinta años antes —dijo el viejo Mahner— eran ya raras en la época de la que les hablo. ¡Retomaré mi relato!

Una noche, a la hora de cenar, el rico elder Lubel Perciman regresó a casa con una esposa nueva, con la que el Profeta acababa de unirlo, era esa francesa llamada Pamela Monsenergues, que desde entonces llevaría el nombre de Pamela Perciman.

Se había resistido durante mucho tiempo a las proposiciones que le habían hecho jóvenes mormones, casados o aún solteros, y si se había decidido por Lubel Perciman era porque sus esposas eran jóvenes, agradables a la vista, y habían venido a visitarla a casa de Brigham Young, donde la francesa había recibido hospitalidad.

—En eso reconozco bien a mi abuela —dijo Elvire—. Amaba a las mujeres, y yo, por mi parte, no he encontrado ninguna que me haya disgustado.

La observación de Elvire no acarreó ningún comentario por parte de Ovidio y el viejo Mahner prosiguió su relato.

—Lubel Perciman tenía quince mujeres, todas ellas jóvenes y agraciadas. Formaban un parterre en el que se mezclaban flores de muchas regiones. Cinco eran inglesas, dos habían nacido en Illinois, una en Pensilvania, otra en Massachussets, y había dos danesas, una irlandesa, una rusa, una alemana y una holandesa.

Pamela se dejó unir no sin condiciones al elder, que en pocos años había creado una fortuna mormona participando en las empresas de Brigham Young, hombre que sabía mucho de negocios y que tuvo la idea de crear tiendas enormes como las que se ven hoy en día en todas las grandes ciudades, y en las que se vende de todo.

Pamela exigió que el matrimonio no se sellara sino cuando se hubiera procurado un vestido blanco que cortó y cosió ella misma con ayuda de las esposas del Profeta. No osó pedir flores de azahar porque pensaba que ya no tenía derecho, mas el día de la ceremonia se hizo coronar con rosas blancas y se engalanó con un collar que le dio su prometido y que se componía de perlas enormes, como aquéllas a las que las romanas llamaron “uniones” desde la guerra de Yugurta.

Y durante la ceremonia del enlace su corazón había estado mortalmente triste de nostalgia y de ansiedad. Se comparaba involuntariamente con esos ríos que había

visto en su viaje por California y Utah, en el fondo de los cuales se menean miles de serpientes. Sentía mil tristezas y las insólitas ceremonias que no la conmovían agravaban su pesar.

Un coche debía conducir a los esposos a su casa, y ocurrió que en el momento en que Lubel Perciman estaba ayudando a Pamela a subir al estribo, un jinete pasó cerca de ellos, al paso de una yegua negra que montaba, y él mismo iba vestido con una túnica blanca y en su rostro enmascarado ella reconoció el lobo verde y las lágrimas de oro de los danitas. Su tiara inmaculada le daba un aspecto imponente. Y el corazón de Pamela latió más fuerte, y pensó: «Ése es el que habría tenido que desposar. Es bello y misterioso, mientras que mi Lubel tiene el aspecto de un negociante venido a más con esa barba en collar». Ideas de adulterio, de huída, atravesaron su alma. Y deseó que el danita la subiera a la grupa y la llevara a otro país, y después pensó en la terrible reputación de los danitas y, estremeciéndose, se estrechó contra su marido que apenas la miraba y no decía palabra. Y cuando estuvo en su nueva casa, al penetrar en el salón, vio a las catorce mujeres de pie para recibirla y, al verlas en fila, de frente en el centro de la pieza, estalló en risas, pensando: «Desde luego, mi hogar conyugal tiene un aspecto de lo más gracioso, no falta más que la negra». Tras lo cual se puso triste de nuevo, y rogó a su marido que la excusara diciendo que sentía la necesidad de ordenar sus ideas, de hacerse a esa vida tan nueva y tan extraña, y pasó la noche sola.

—El hecho es —dijo Elvire, mientras el Sr. Mahner aspiraba una bocanada—, el hecho es que no era algo ordinario. He visto cosas muy singulares en Rusia, y mi primer amante, Georges, me las dio a ver de todos los colores, pero jamás he visto un harén. ¡No debe ser nada corriente! Quizás después de todo no esté tan mal vivir en un harén cuando a una no le disgustan, como a mí, las mujeres.

—Tal vez pruebe usted esa vida después de la guerra —dijo el ficticio Ovidio del Ponto Euxino—. Mas lo que pienso es que, si bien el relato de mi tío abuelo plantea el problema, nuestras instituciones y nuestras costumbres europeas le dan de antemano una respuesta negativa.

—¡Oh, gentes de un país en el que no cambia nada —dijo sentenciosamente Otto Mahner—, que aquel que no sea polígamo en Europa tire la primera piedra a los mormones!

Y, tras haber inhalado otra calada, retomó el curso de relato:

El día siguiente, con ese sonido de roce de pergaminos que advierte de la cercanía de las serpientes de cascabel, las quince mujeres del elder Lubel Perciman, escotadas y ataviadas con vestidos de muaré de volantes, salieron de su jardín y se concentraron un instante en el cruce donde estaba situada su vivienda, junto a la casa de Orson Spencer, en la esquina noroeste en que se cruzan la calle de la Casa del Concilio y la calle de la Emigración.

Entre las quince mujeres, se distinguía fácilmente a las cuatro americanas por sus

enormes melenas en las que sus cabellos, que eran muy hermosos, se combinaban con una cantidad sorprendente de cabellos falsos, y se empolvaban copiosamente el rostro, el cuello, el pecho y los brazos con almidón. Las cinco esposas inglesas llevaban regiamente las diademas que formaban sus cabelleras de oro rosa cuyos tintes de aurora apenas diferentes las unas de las otras hacían que esas mujeres, impecablemente blancas, parecieran cinco cirios encendidos.

Las dos esposas danesas, la rusa y la holandesa se hacían densos moños con las pesadas trenzas de sus cabellos, mientras que el pelo negro de la irlandesa en blandos trenzados hacía resaltar la blancura animada de su rostro. Y la francesa Pamela era la única que tenía el cabello castaño como el pelaje de una nutria.

Así iban las quince por las calles de la ciudad nueva, donde las tiendas estaban cerradas porque ese 29 de septiembre de 1852 era un día grande de fiesta, aquélla en que Brigham el Profeta proclamaba al pueblo mormón la revelación sobre la poligamia. Las puertas estaban cerradas, pero las vitrinas dejaban ver los escaparates dispuestos cuidadosamente y con un gusto bárbaro por la decoración.

El fotógrafo Marsenne Cannon había expuesto daguerrotipos de los principales personajes del mormonismo y de sus esposas.

William Hennefer, el barbero que llevaba al mismo tiempo un restaurante, había construido con botellas de vino americano, de Catawba y de Isabella, y también de Champagne y de Oporto, con pastillas de jabón blancas, rosas y verdes, con frascos de agua de Colonia y con botes de conservas un extraño edificio que representaba el templo alzado por los mormones en Nauvoo. En la tienda de William Nixon, había enormes montones de grano de trigo candeal o de maíz, de patatas y de melones, que sorprendían en esa ciudad edificada en medio de un árido desierto.

En donde John and Enoch Reese, el colmado, había pirámides de latas de ostras en conserva y de tarros de confitura entre los que se desplegaron prendas de ante, cordajes, armas y municiones, botes de azúcar, cajas de tabaco, tinajas de cerdo y de harina, y sacos de café. Había tiendas de modas con la mención Modas de París y del Deseret. Había también en Main Street librerías, pasteleros, el Gran Hotel de Utah que regentaba un piamontés que también era dentista, tendero y chalán, y había atado todas sus mulas a estacas delante de su casa. Permanecían todas allí, animales preciosos para aquellos que viajan atravesando montes y desiertos, unas negras con los ojos límpidos y expresivos, altas como yeguas, y otras pequeñas, vivarachas y graciosas, fácilmente comparables a grandes ratones. Les habían colocado sobre la cabeza pequeñas colmenas, uno de los símbolos del mormonismo, y cada vez que pasaba un caballo por esa calle o por las vecinas, esas mulas trataban de romper el cabestro para seguirlo. Eran tan numerosas que no se las había podido colocar todas delante del hotel y las había incluso delante de las tiendas de James Needham, de George P. Bourne y de John Chislett, el peletero que, mientras tallaba madera, charlaba en el umbral de su puerta con un cazador que hablaba de las comarcas que había recorrido, de las regiones del río Rojo, el Tennessee y el Arkansas. Y en todas

partes sobre las tiendas, las casas, el Museum, el Tabernacle, la Endowment House, la casa del león con su pórtico, se veía, grabada o pintada, la colmena simbólica o el nombre revelado de Deseret, y siempre el «ojo que todo lo ve» rodeado de rayos, emblema sagrado de los Santos de los Últimos Días.

Y las quince mujeres del elder Lubel Perciman llegaron así ante el Tabernáculo de la teocracia mormona en el que acababa de concluir la ceremonia durante la cual el Profeta había proclamado a los Santos y al universo entero el dogma de la poligamia. Y para dar más majestuosidad aún a esa consagración del poder viril, una procesión ritual salía del Tabernáculo para hacer la ronda de la ciudad.

A la cabeza marchaban, portando la llana y la escuadra, los pontífices que habían trazado los arcos sobre el Jordán de la tierra prometida americana, y detrás, llevando las mismas insignias emblemáticas, venían los escultores, los arquitectos y los masones que se ocupaban de edificar el templo.

Y, arrastrado por bueyes conducidos por cinco jóvenes squaws de largas pestañas y pelo negro liso y reluciente que les ocultaba medio rostro, envueltas en un capote con ribetes amarillos y adornado con collares en los que se mezclaban garras, turquesas, conchas marinas, colgantes de barro y un saquito para plantas medicinales bordado de perlas, venía un carro con una enorme jaula en la que trece águilas negras, que representaban los trece Estados originales, batían las alas mientras las indias, con voces cuya entonación era exquisita, cantaban en su lengua.

Detrás de ese carro, ejecutando su toque marcial, venían las trompetas de la milicia a las que precedía el portaestandarte y seguía una banda de músicos vestidos a la americana y tocados con amplios sombreros de punta; tocaban el flautín, el clarinete y el oboe, y su música se alternaba con el sonido de las trompetas, los cobres de la fanfarria del siciliano Ballo, y las voces de los cantantes que venían a continuación, vestidos de pioneros y con bolsas indias.

Después, bien ordenado, comandado por el capitán Pettigrew, marchaba un destacamento de milicianos mormones, rodeando a cuatro esclavos negros que llevaban una gran colmena, símbolo del territorio de Utah y que recordaba el nombre revelado de Deseret o el país de la pequeña abeja.

En ese momento un negro de Misuri, llegado esa misma mañana, que empujaba una carretilla acompañado de un trampero de Michigan que había venido para poner trampas en el río Jordán y en la ribera del Utah, dio un empujón a las quince esposas del elder Lubel Perciman. Ese negro de camisa azul, de mirada tranquila, que iba voceando su mercancía por la ciudad y se detenía a veces para bailar la giga delante de las viviendas que le parecían opulentas, empujó violentamente a esas mujeres en traje de noche que se encontraban en su camino y, mientras que todas se apartaban, las americanas lanzaron gritos de ira y, rápidamente repuestas de su primer movimiento de temor, cayeron sobre el importuno a golpes de abanico. Y él, que quería hablarle al Profeta, que estaba llegando en su puesto en el cortejo, junto al Patriarca y entre los Apóstoles, dio un traspiés y cayó ante el augusto grupo.

El Presidente se detuvo y con él todo el cortejo y, mientras las trompetas seguían sonando, el negro gritaba: «¡He visto descender de un cielo naranja al Cristo-Adán con sus mujeres, y los dioses atravesando espacios en el infinito para anunciar la redención de los negros!».

Y Brigham Young le preguntó a su vecino Kimball, que reía estrepitosamente: «¿Qué espíritu maldito y mentiroso purga sus pecados en el tabernáculo de este negro?».

Entonces del grupo de los Setenta que venía a continuación salieron cuatro hombres que le quitaron a la francesa Pamela, sin pedirselo, el chal que llevaba sobre el brazo; reforzieron esa banda de seda como una cuerda, hicieron un nudo corredizo que arrojaron por encima de una gruesa rama de una morera que estaba al borde de la calle y, agarrando al negro que se debatía y gritaba desesperadamente «¡Yo soy Sam Candland, un hijo de Misuri!», o bien «¡Soy un yankee!», lo colgaron con el aplauso de todos aquellos que asistían al espectáculo y con las risas a carcajadas de las americanas, cuyos ojos brillaban de la alegría que sentían por haber sido prontamente vengadas.

El ahorcado aún se debatía, sus pies bailando la giga con la misma agilidad a la que los tenía acostumbrados, y en su sombrío rostro parecía que en lugar de los ojos hubiera dos grandes escorpiones blancos avanzando el uno hacia el otro, y la culminación de la alegría fue cuando, al salir de la boca del ahorcado un chorro de saliva, uno de los músicos de la orquesta de Nauvoo, que había sido ballenero, gritó: «¡Por ahí resopla!»; como hace al distinguir una ballena el marinero que interroga al mar desde lo alto del mástil.

Después, tras los últimos sobresaltos del negro de Misuri, el cortejo reemprendió la marcha ante la mirada fija del muerto, rígido como un comedor de opio.

Antes que nada pasó un gran maniquí que representaba una mujer sentada y coronada de estrellas, y las invisibles ruedas, disimuladas en el zócalo, eran arrastradas por dos hombres a los que no se podía ver, mientras que un tercero hacía girar la cabeza como si perteneciera a una mujer viva y, de tiempo en tiempo, el prodigioso simulacro hablaba, y eran esos hombres que gritaban desde el interior de la máquina: «¡Soy la Democracia de América, tierra de mujeres grandes y de hombres turbulentos que procrearán gigantes más grandes que las enormes secuoyas!».

Después pasó el consejo de obispos y los colegas de los sacerdotes inferiores, y tras ellos algunos chamanes de raza ute a quienes seguía el carro de las Escrituras y de la Prensa, en el que se habían apilado los papiros de Abraham, los manuscritos de la traducción del Libro de Mormón por Joseph Smith, los primeros libros y los primeros periódicos impresos por los mormones, mientras que, guiando a los bueyes que tiraban del carro y rodeándolo, caminaba lo que quedaba de la familia de Joseph Smith; sobre el carro el patriarca, un joven que se mantenía con los ojos cerrados, llevaba en un cofrecillo de plata los urim y thummim, instrumento divino de la clarividencia.

Una multitud de muchachas, vestidas de muselina blanca, portaban estandartes con los colores de las diferentes naciones del globo y, siguiéndolas a unos diez metros, el Sr. Phelps caminaba solo, con la mirada baja, y era observado con terror pues corría el rumor de que era él quien representaba al diablo en las ceremonias del endowment, es decir de la dotación, y detrás venía una larga cuadrilla de niños que llevaban carteles con inscripciones en caracteres mormones y cantaban en un tono que a veces recordaba la risa de la oca cua cua y también a veces, inflándose de pronto como el son de una trompeta, sus voces juveniles evocaban el grito del gran cisne del Norte.

Después, en ceñidas filas, precediendo a la muchedumbre de fieles, avanzaban, charlando entre ellos, los notables mormones. Lubel Perciman abandonó las filas y vino a saludar a sus esposas, con las que tenía que cenar en donde Kimball, donde se iba a representar la comedia, tras lo cual se bailarían. Se acercó a Pamela, le preguntó si se iba acostumbrando a la vida de los mormones y añadió:

«Usted sabe, Pamela, que mis deseos no se han consumado aún. Soy su marido, mas no he ejercido aún los derechos de un esposo. Por respeto a los escrúpulos que podía usted tener, no le insistí ayer noche. Esperaba la fiesta de hoy y que el Profeta hubiera proclamado la revelación referente a la poligamia. Desde ahora, la pluralidad de esposas se ha convertido en uno de nuestros dogmas, y será en absoluta santidad como me uniré a usted esta noche».

Pero Pamela no le escuchaba. En ese momento pasaban, en sus caballos al paso, los danitas deslumbrantes de blancura, y sus ojos no se apartaban de aquel que marchaba a su cabeza y cuya máscara se volvió un instante hacia ella. Y en la muchedumbre que miraba pasar la procesión había algunos oficiales federales que sonreían cuando su mirada se encontraba con la de tal mormona o tal otra, y Pamela vio que uno de ellos se giraba constantemente hacia el lugar donde se hallaba el grupo de esposas del Profeta. La esposa núm. 19 se volvía a menudo hacia el oficial, y sus ojos tenían el color del mirto mojado. Los separaba un grupo en el que había un judío llamado Chéri de Mendoza, que se había inclinado al paso de los papiros autógrafos de Abraham, pomposamente dispuestos sobre el carro. Después había retomado un viva discusión con el jefe ute Milopitz que estaba a su lado y que le contestaba con brevedad en un inglés gutural, sin efes a causa de la imposibilidad en que se halla la gente de su raza para pronunciar dicha consonante. El ute había abordado a Chéri de Mendoza llamándolo «hermano mío», y el judío, que no lo conocía, le había preguntado el motivo de esa familiaridad.

«¿Acaso no sabe usted —había contestado el indio— que según el testimonio de los mormones, somos de la misma raza?»

Y Chéri de Mendoza había reflexionado, con la cabeza inclinada, durante el paso de las reliquias de Abraham. «Le creo —dijo, al alzar la cabeza—. Hay muchas analogías entre las costumbres rituales de nuestras dos naciones. Por otra parte, el nombre de Ute, que se pronuncia aproximadamente como la palabra que designa a

los judíos en alemán, podría indicar un origen judaico. No obstante, hemos de reconocer que nuestros espíritus no se parecen en absoluto, pues es cierto que el espíritu de la raza, el de la familia, el espíritu de las tradiciones, en una palabra, nos anima; las desgracias que nos han afectado y nuestra posición entre razas muy diferentes de la nuestra nos han dado una facilidad real para comprender y utilizar todas las novedades. Tenemos un espíritu práctico, no sólo en cuanto a las cosas materiales, sino también para todo lo que pertenece al campo de la inteligencia y del alma. Ustedes, por el contrario, si bien están ligados a tradiciones, no saben conservarlas puras, es decir, vivas y modernas. Son ustedes la plebe de las diez tribus, y nosotros somos los príncipes de la real tribu de Judá. Esa diferencia explica la decadencia en que se les ve, y explica también nuestro espíritu, que es el de dominar acaparando las riquezas y judaizando los ritos; falta poco para que la judaización de toda la cuenca mediterránea sea un hecho. Por otra parte, señor ute, sabrá usted que he abierto en Main Street una tienda de curiosidades y antigüedades, no olvide que le pagaré un buen precio por todo lo que le plazca venderme, pues proveo de cualquier objeto curioso o arqueológico como armas, telas, cueros, trabajos de plumas, piedras grabadas, esculturas y cerámicas tanto a los particulares del Este como a los museos de Europa.»

Y toda la persona de Chéri de Mendoza, que era un hermoso ejemplo de la judaización que anunciaba, atestiguaba que en él se mezclaban la sangre negra y la china con la sangre israelita.

El jefe ute observaba seriamente y no sin desprecio a ese hombre que tal vez fuera de su raza y que le proponía vender los honorables testimonios de un pasado glorioso. Meneó la cabeza y se volvió hacia la esposa que, llevando un pesado fardo a la espalda, permanecía a su lado, humilde y encorvada. Uno y otro eran la ignorancia, la superstición, la necedad y la lubricidad, algo más bajo que la plebe, y no obstante, sin que lo supieran, era sobre ellos sobre quienes se estaba modelando el Estado, las costumbres y las creencias, pues, de igual modo que el hombre fue hecho de polvo del suelo, las naciones salen de la plebe.

VI

—Confieso —dijo Elvire— que tengo una gran admiración por mi abuela. Podía resistirse a los hombres, mientras que hoy en día, si bien las mujeres tienen más derechos que antaño, les resulta más difícil resistirse a los deseos viriles incluso cuando, como yo y como mi abuela, por lo que he creído adivinar, son proclives a amar a las mujeres en general y se ven sujetas a caprichos por un pequeño número de hombres. Esta tarde empezaré el retrato de un danita. Es gracioso, me parece que tiene los rasgos de Pablo Canouris.

—A fe mía —dijo el Sr. Mahner—, creo que jamás he visto un danita sin su máscara verde. Pero se hace tarde y me he dejado llevar por los recuerdos, voy a intentar abreviar el resto de mi relato.

La mesa se había dispuesto en la sala del Social Hall. Allí estaba Kimball, que organizaba la fiesta, rodeado por sus esposas, Brigham Young y toda su familia, Lubel Perciman y su harén, y otros mormones con sus mujeres. Las familias no estaban agrupadas, sino que se habían alternado los sexos, y Pamela estaba situada entre Chéri de Mendoza y James Ferguson, oficial de la milicia de Utah que también era abogado, orador y actor. Era un hombre de una treintena de años, fuerte, enérgico y espiritual; sus talentos sociales hacían que se lo buscara para todas las fiestas. A pesar de ser soltero, tenía reputación de adúltero y, aunque reconocieran sus méritos, los mormones le temían. Frente a Pamela se hallaba el oficial que tenía a su izquierda a la esposa núm. 19 y a su derecha a la actriz rubia que estaba de gira en Salt Lake City.

Unos negros servían las mesas, sobre las cuales había antorchas encendidas y, en jarrones de cerámica local, flores artificiales de cera de extrañas formas, uno de los trabajos en que sobresalían las mormonas.

Se sirvieron primero, como entremés, saltamontes, raíces de camassia, y cebollas, que son el alimento de los indios, con vino de Catawba, producto de las viñas de la ribera del Ohio.

Se escuchó con atención a Chéri de Mendoza, que alababa el sabor de los saltamontes asados:

—Es un manjar antiguo —decía—, y sin embargo también es un alimento nuevo para los europeos y que repugnaría a más de un blanco, incluso de aquellos que se creen sin prejuicios. Las novedades, lejos de perjudicar a las costumbres y a las tradiciones sanas, las enriquecen, las vivifican, las fecundan. De igual modo los sabios polígamos de Utah, lejos de perjudicar a la institución de la familia, le dan más grandeza y más fuerza, al extenderla.

Y Brigham Young, que lo oyó, se volvió hacia él, diciendo:

—Los mormones son un pueblo de elegidos, situados aquí abajo en una esfera espiritual particular, lo cual les permite no tener en cuenta ni las leyes humanas, ni las riquezas superfluas del mundo.

Y, habiéndose servido catawba, alzó su vaso en dirección a Chéri de Mendoza, que bebió primero a la salud de las damas y después a la del Profeta.

Los negros se apresuraron en cambiar los platos y los cubiertos, y después se sirvieron truchas asalmonadas del lago Utah, y el telón del escenario que había al fondo de la sala se alzó.

El decorado estaba hecho con una cortina amarilla en medio de la cual destacaba el Ojo-que-todo-lo-ve; un joven que representaba Europa y una joven señorita que representaba América vinieron, la una del lado derecho del escenario, y el otro del lado izquierdo, y se encontraron sonriendo, y tuvo lugar un diálogo que recuerdo casi enteramente, pues al año siguiente nos lo hicieron aprender de memoria en la escuela.

EUROPA

*Naciones os ofrezco el orden y la belleza
De ruinas que tienen la gracia de muchachas
Y mis ríos similares a los versos de los grandes poetas
Y todas mis esclavitudes todas mis realezas
Todos mis dioses cautivadores que son mi fe que son mi arte
Todos esos pueblos pendencieros y flores olorosas
Vos Iglesias en las que tus ancestros y tus creyentes venían a arrodillarse
Oh viejas casas nodrizas del progreso
Encrucijada en la que las edades decidieron su camino y se fueron
Patrias patrias patrias cuyas banderas me visten
Fantasmas oh bosque del espíritu en el que cada árbol es un nombre de hombre
Bosque que caminas marcha atrás sin alejarte
Soy todos los fantasmas todas las sombras
Las patrias las ciudades los campos de batalla
América oh hija mía y de Colón.*

AMÉRICA

*Hombres que sufrís oh mujeres que amáis y vosotros niños venid
A sacar el agua del segundo bautismo*

*Del pequeño lago azul del que el Misisipi extrae su caudal
Soy la esperanza de grandes espacios y el porvenir sin recuerdos
Entre los tropeles de caballos salvajes procedentes de los caballos de Europa
Brincan los tropeles de jóvenes ideas procedentes de ideas de Europa
Y verdades nuevas se revelan a aquellos que están hastiados de las antiguas
Cantan o lloran o rezan o se echan a reír
Y preparan nuevos trabajos
Un dios se alza en la barca de corteza
Una diosa se peina cantando en las praderas en las que madura el arroz salvaje
Y otros dioses reclaman héroes
Es también la llegada de un navío
Escuchad bailar allí a viajeros equívocos en un baile de cuarteronas
Escuchad también a lo lejos más allá del horizonte el lamento
El lamento de los que mueren en Europa recordando
Unas praderas en las que madura el arroz salvaje a orillas del Misisipi
Y las negras plantaciones de cipreses recubiertas de plateada tillandsia!*

Europa y América se cogieron de la mano y, en coro, cantaron:

*El mar separa a los dos esposos
Son las bodas inmensas de dos continentes
De uno surge un navío a través del océano
Europa fecunda a América
Europa nombre viril en el lenguaje diplomático
Es decir internacional que es el francés
Y se oye claramente el artículo masculino
Mientras que el artículo femenino marca bien
En la lengua de las naciones o lengua francesa
El sexo de América
Europa extiende frenéticamente la rígida península de Armor
Y América se despliega ampliamente abierta
En el lugar en que el istmo húmedo se estremece en los trópicos
Sublime amor nacen naciones de la desmesurada pareja
Cuyos elementos favorecen los esponsales
El navío prosigue su viaje fecundador
Los vientos hinchan las velas gimen
Y gritan la voluptuosidad de los gigantes que se aman mutuamente.*

Y en ese momento unos chiquillos vestidos de indios y unas niñas vestidas de señoras mayores vinieron a bailar alrededor de Europa y América, que se besaron con el aplauso de los comensales. Después se permitió entrar a algunos amantes del teatro que venían a asistir a la representación de Jedediah el Grande. Habían pagado sus

entradas en especias: en melones, en alfarería, etc.

Unos chinos vinieron a retirar las mesas, y mientras, los negros hicieron una música al son de la cual la gente se puso a bailar al estilo de los mormones, es decir un hombre con dos mujeres. Entretanto se disponían las sillas y los bancos; después se encendieron las candilejas, se apagaron las luces de la sala y, mientras se seguía bailando en espera de los tres toques que anunciaban el espectáculo, las puertas se abrieron repentinamente y algunos oficiales federales entraron en la sala. Unos soldados los alumbraban con antorchas.

Todo el mundo paró de bailar y Kimball se dirigió hacia los recién llegados para protestar contra su intrusión, mas cinco oficiales se precipitaron sobre las mormonas, las asieron por el talle y las arrastraron hacia la salida antes de que los mormones pensasen siquiera en impedirselo. El oficial federal que había asistido a la cena y que estaba bailando con Pamela y con la esposa núm. 19 las empujó hacia sus camaradas; se hallaron fuera antes de que el oficial de la milicia, Ferguson, que estaba maquillándose entre bastidores —pues representaba un pequeño papel en la obra Jedediah el Grande—, partiese en su persecución con los danitas.

Unos caballos aguardaban a los raptores, que subieron sus preciosos fardos casi desfallecidos a las monturas, montaron y galoparon afuera de la ciudad.

Fue una carrera desenfrenada durante la cual Pamela, más muerta que viva, se dejaba llevar, resignada a todo. Al cabo de una media hora, le pareció que tras ellos aparecían otros caballos. Los raptores avivaron la marcha, pero los perseguidores les ganaban terreno, se acercaban. Pronto hubo disparos; el caballo sobre el que iba Pamela fue abatido, ella se desmayó y, cuando volvió en sí, no vio más que el rostro enmascarado de un danita con lágrimas de oro que la contemplaba. Le dijo:

—Gracias por haberme salvado.

Y él dijo:

—Lamento no haber podido salvar más que a usted, las demás han sido secuestradas por los gentiles.

Pamela pensó inmediatamente en la esposa núm. 19, diciéndose: «Ha escapado, es lo que quería».

En ese momento llegaron otros danitas que habían ido a buscar una mula para Pamela, y regresó a Salt Lake City sentada sobre la mula que conducía por la brida el deslumbrante danita que la había recobrado de sus raptores.

Lubel Perciman la esperaba y la agasajó. Sin embargo, ni ese día ni en toda la semana que siguió se vio aparecer a Brigham Young, cuya esposa preferida se había fugado definitivamente.

Cuando la noche quedó en silencio, mientras la luna derramaba un resplandor frío y vivo, el elder Lubel Perciman, bien rasurado, vestido con un pantalón de tela azul, los pies sin calcetines en unos mocasines adornados con abalorios tornasolados, quiso conocer la felicidad conyugal en toda su extensión y penetró en la habitación de Pamela. Sonreía, a sabiendas de que fuera, los danitas velaban por la felicidad de los

mormones. Las pálidas estrellas aguantaban en el infinito el peso de los dioses todopoderosos y, más lejos que esos dioses, otros aún más poderosos colmaban la plenitud del mundo con una energía increada y sin límites.

Antes que nada el elder Lubel Perciman, alzando la antorcha que sostenía en la mano, se miró al espejo. Se halló bien peinado, su rostro flaco le agradó y le pareció que su cabellera amarilla era como un fuego luminoso del que se alimentaba la luna de esa noche de América. Después echó una ojeada a la cama baja en la que debía dormir su abuela de usted, que entonces parecía una deidad exiliada y destrozada por el cansancio. Mas la antorcha casi se cayó de las manos de Lubel Perciman, pues la cama estaba vacía. Pamela se había escapado en cuanto regresó, y mi relato sobre su abuela debe terminar aquí, puesto que ya no volvió a aparecer entre los mormones y que ya no se volvió a oír hablar de ella, como tampoco del danita, de hecho. Y se pensó que se había escapado con él, pero se mantuvo silencio al respecto pues se temía la ira del elder Lubel Perciman, que no volvió a hablar de ello. A mí, por mi parte, no me había vuelto a llegar ni una sola palabra hasta esta mañana, cuando mi diantre de sobrino ha venido de su parte a recordarme a esa bonita muchacha traviesa, de cabello alborotado, que causó tanta impresión en los Santos de los Últimos Días cuando, vestida de marinero, apareció en la plaza. Olvidada añadir que poco a poco se extendió el rumor de que el danita que había desaparecido al mismo tiempo que su abuela no era otro que el ángel Moroni.

—¡Un ángel! —exclamó Elvire—, pero si a mí, que soy la nieta de aquélla cuya historia ha narrado usted, me parece que me crecieron alas en la espalda, y por dios que hago todo cuanto puedo para contenerlas, pues deseo seguir siendo una mujer y no tengo, creo, ninguna vocación por la aviación.

—En fin —añadió el Ovidio de fantasía— a su abuela no le faltaba ni sentido común ni honradez, ya que regresó a casarse y tener descendencia en su país. ¿Y no es esto suficiente para juzgar el valor moral de la poligamia legal? Los franceses no se harán mormones, como no se harán turcos. Y ¡vamos!, repoblarán igualmente. La repoblación, a fin de cuentas, es más que nada una cuestión de propaganda.

VII

Herido durante una patrulla y transportado en ambulancia al hospital auxiliar, Anatole de Saintariste llegó una mañana al Val-de-Grâce y, desde sus primeras salidas, constató que París ya no le asombraba como en su primer permiso; volvió a encontrarse con Corail, a quien había visto una vez antes de la guerra, pues desde el mes de diciembre de 1913, era novia de uno de sus amigos, Hyacinthe Brionne, a quien acababan de matar en la guerra. Intimaron, y ella no se apartó de él mientras que, convaleciente, retomaba por así decirlo su vida de antes de la guerra, frecuentando un ambiente de jóvenes escritores y pintores de vanguardia.

Todos los sentimientos religiosos de Anatole de Saintariste se habían trasladado al campo del honor social. Amaba a su país por encima de todo, o más bien la colectividad que éste constituía, y deseaba que Francia fuera a un tiempo celosa de sus tradiciones y extremadamente atrevida en cuanto al progreso.

—Es por ello —decía un día— que incluso las ruinas me conmueven como puede conmover la visión de una mujer embarazada. Percibo ya lo que saldrá de ellas. Y las muertes, por conmovedoras que sean, evocan en mí la próxima repoblación de Francia. Es preciso que en cincuenta años se haya convertido en una nación de cien millones de habitantes.

—Pues instaure el mormonismo —replicó el Ovidio imaginario—, y que cada hombre le haga hijos a varias mujeres.

En ese mismo momento, Pablo Canouris le decía a Elvire: «Ya que Nicolás ha partido y que eres mi amante, no hay motivo ya para que permanezcas en su casa. Ven a la mía».

Pero Elvire, cuyos ojos brillaban de malicia, pensaba en que su amiga Mavise la aguardaba en su casa y, mientras estrechaba el brazo de Pablo Canouris, pensaba en unas caricias de una dulzura infinita, no las que habría podido recibir, sino las caricias que ella sabía dar y que sólo podían enternecer el corazón de una mujer. Habían hecho una excursión a los estudios de Montmartre y, al caer la noche, regresaron a pie cantando:

*De la mora es esa chica
Que en la kasba habita
De la Argelia en un rincón.
No es que sea un bombón
Mas allá en aquellos riscos
La desean todos los moriscos*

Tras lo cual, en Montparnasse, cada oveja se fue con su pareja y por el camino Anatole le preguntó a Corail:

—¿No engañaste nunca a Hyacinthe cuando estaba vivo?

—¡Pues claro! —contestó Corail.

—¿Y él lo supo? —preguntó Anatole, con un sufrimiento indecible.

—Sí que se lo imaginaba —respondió Corail—, me lo decía en sus cartas y eso lo afligía.

—¿Con quién? —dijo Anatole, en tanto que en el borde de sus párpados afloraban unas lágrimas.

—Con un judío —contestó Corail—, era del ...º de Artillería, pero se las arregló para no tener que ir al frente nunca. Ni siquiera dormía en el cuartel de Nanterre, donde había alquilado una casita de campo.

Durante los ocho primeros meses de guerra, nunca engañé a Hyacinthe. Tenía una amiga, Geneviève, con quien salía e iba a menudo a Nanterre, donde estaba su novio. René —el judío— me vio y me siguió hasta el tren que nos conducía de vuelta a París. En el vagón nos hizo reír tanto que no pudimos hacer otra cosa que entablar conversación con él. Fue cosa rápida. Yo no lo amaba, pero era tan divertido, y me aburría tanto... Más tarde, un día que me estaba peleando con él, le torcí la mano tan fuerte que le rompí el meñique. Consiguió que creyeran que se lo había roto estando de servicio y logró que lo declarasen inútil.

Cuando Hyacinthe vino de permiso, sospechaba algo, pues muchas de las cartas ordinarias que yo le dirigía venían de Nanterre. Le confesé todo. Y no tuvo el valor de hacerme reproches, pero lo vi tan profundamente apenado que enseguida supe que lo matarían. Le cogí odio al judío, y me hubiera querido morir.

Anatole de Saintariste no contestó nada, pero inmediatamente tuvo una visión de la muerte heroica y apesadumbrada del pobre camillero Hyacinthe Brionne en el asunto del bosque de Buttes, en el Aisne, frente a Pontavert, delante de Ville-au-Bois.

Mientras los franceses iban al asalto, el hermoso bosque se llenó de rumores de otro tiempo: ruidos de armas, de lanzas y de escudos. Unas tropas silenciosas avanzaban y formaban entre los árboles.

Anatole, cuya imaginación evocaba este espectáculo guerrero, vio la Enéada de aquellos que conocen todo el coraje. Son los rapsodas de las batallas de todos los tiempos. Pero no es que los Nueve de la Fama sean todos vencedores.

Se desplegó un espejismo de Judea, montañas, torrentes, bloques de jaspe verde, arbustos espinosos y troncos podados por aquí y por allá. El primero de la Fama pasó, precedido por las trompas; Josué gritó:

«Lo importante es alimentar a su pueblo. Hay que entregarle la tierra prometida que da las viñas milagrosas y las fuentes de leche. Lo importante es no romper los becerros de oro, pretexto para cantilenas y canciones. Hay que ser lo suficientemente ignorante de las leyes de la Naturaleza para detener el sol de oro, con el fin de que su luz sea un pretexto para la victoria. Pues no es precisa la felicidad de todos los hombres, sino que cada hombre tenga lo que le ha sido prometido. Lo mismo para los

pueblos. Esperan victorias y la destrucción de otros pueblos. El gesto de mi mano hacia el sol es el más hermoso monumento a la ignorancia y al poder humano, sobrehumano. ¡Mi memoria! El sol se detuvo, se enfrió, y durante la noche solar los enemigos, cansados de sol, huyeron».

En el mismo decorado de Judea, pasó David, el segundo de la Fama, que se lamentaba:

«¿Las batallas? Batallas a cambio de vuestros amores. ¡Oh, no!, nadie esperará tu regreso. ¡Los que parten serán olvidados y los pueblos no los añorarán, y sus mujeres no los recordarán! ¡Combates singulares! ¡Eso es lo mejor! No implican partida, ni espantada, ni regreso. Cada guerra es un pecado de amor. Y yo, ¿qué he hecho?, sino esta guerra por el adulterio, Betsabé que bañaba sus pies en un estanque bajo mis terrazas, en el jardín de cedros y cipreses. Las mujeres no aman ni la guerra ni a los guerreros, sino los jardines de cedros y cipreses, los palacios con terrazas y los reyes vacilantes. Viejos reyes, no partáis a la guerra, recordad a Moisés, que fabricó un anillo de olvido para amortiguar los impúdicos deseos que Thaibi alimentaba respecto a él. Reyes poderosos, reyes barbudos que partís a la guerra, recordad a Moisés, que fabricó un anillo de memoria para Séfora, su mujer, cuando se separó de ella para ir a la corte del faraón».

Y en ese mismo decorado de Judea, aplastado por el elefante, rodeado de muertos y de moribundos, Judas Macabeo, el tercero de la Fama, hablaba entre estertores:

«Los enemigos de vuestros pueblos son los animales. Hay que matarlos hasta dejarse la vida en ello. Las batallas han de ser cazas. Matad a la bestia antes que al hombre, pero morid bajo la bestia si esperáis que la bestia muera sobre vosotros. Para el estertor de cada hombre, no es suficiente una hecatombe. Y cada día, oh virtuosos, ofreced animales para el sacrificio. Y cada día, oh valientes, venced la repugnancia y sed carniceros ante los sacerdotes, listos para interpretar el estado de las entrañas de las víctimas en altares que un gran pueblo dedica a su verdadero Dios».

Un espejismo de Asia Menor, paisaje pantanoso de la Tróade, los cursos del Simois y del Escamandro. Un héroe ensangrentado, que era Héctor, el cuarto de la Fama, decía:

«Defendedos, pueblos. Desconfiad de las extranjeras, conservad vuestros dioses, vuestros dioses verdaderos, no creáis en la virtud de los simulacros salvadores. Y si no le hacéis ascos a una guerra de diez años, llegará el día en que los héroes tendréis una muerte heroica. Pues para los pueblos y los hombres, a pesar de sus dioses, de

sus dioses verdaderos, llega siempre el día en que se oye cantar a la hembra del alción y en ese caso está cerca, la muerte que viene bailando y batallando, a menudo una mujer, en ocasiones un hombre, y entonces nada sirve, ni el valor ni la invulnerabilidad. Se cae, sea un hombre o un pueblo, en el campo de batalla, y la desgracia cae sobre los vivos, sean hombres o pueblos, y caen en la esclavitud. Mas la derrota, vergüenza de los hombres y de los pueblos, es la felicidad de las mujeres y de las naciones que lloran y politiquean, cantan y se amotinan, se prostituyen y se adaptan bajo otros hombres, a los pies de otros dioses».

Se desplegó un espejismo de Grecia, paisaje del sur: silencio, pánico, rocas estériles, templos blancos, pinos y el mar con islas; allí Alejandro decía:

«Las más doctas lecciones no nos enseñan la moderación en la sed de conquistas y en la sed física. ¿Hay hombre más alterado que un guerrero después de una jornada de combate? ¿Qué conquistador puede ser magnánimo si no ha conocido jamás la derrota? No reconozco más valor que el de los argiráspides, un coraje pomposo, calmado y anónimo que permite suprimir la ilusión de las recompensas. Reyes, si no sois hijos de un dios, renunciad a las conquistas, pues los imperios tienen una duración demasiado corta si los pueblos conquistados no pueden elegirlos como su dios durante la paz política que ha de seguir a las guerras victoriosas. ¡Mas qué recuerdos, los de las batallas! Tu carro real, señalado para información de los tuyos y de los enemigos mediante banderolas en las que está inscrito tu nombre, surca, veloz, las tropas raudas cuyas lanzas son tan numerosas, hasta donde la vista alcanza, como las cerdas de un jabalí. Te embriagas con los clamores, tu visión reanima a los soldados desfallecidos, y tu audacia decide una victoria que costará la pérdida de la independencia a algún pueblo civilizado o salvaje del que harás según tu voluntad un pueblo de esclavos. A menos, no obstante, que los vencidos tengan el atrevimiento de no querer ser un pueblo de mártires».

Paisaje latino de villas, llanuras cultivadas; César, el sexto de la Fama, concluía su arenga:

«Lo que se ha hecho, bien hecho está. No dudes jamás de ti mismo. Si hay posibilidad de hacer conquistas, hazlas. Extraño sentimiento aquel que no procede del deseo de gloria. Se conquista a las mujeres y a los pueblos. Las primeras conquistas nos dejan calvos, las otras nos hacen perder la estima por los hombres. Pero en todas las cosas, no hay que preocuparse por el final. ¿Qué importan los libros sibílicos, las sibilas y el vuelo de los pájaros? Que cada cual obre según la libertad que considere que le corresponde; no hay crimen en el mundo, ni para los conquistadores ni para los adúlteros. Si eres rey, obra como rey. Si eres pueblo, obra como pueblo rey».

Y, al irse César, los árboles del bosque de Buttes gritaron:

«¡Soldados, soldados franceses!

No todos los de la Fama están muertos, y algunos de ellos aún no han nacido. El que ahora viene no murió sino para renacer y ser rey como ya lo fue; es Arturo, el séptimo de la Fama. Prestad atención a su voz.»

«Soldados —decía Arturo—, tenéis que prepararos para morir y renacer como yo lo haré. ¿Qué importancia tiene la muerte y la tabla redonda si he de regresar para reinar aún después de la muerte de mis iguales? Hay un castillo con cinco torres. Una en el centro y cuatro alrededor. Las cuatro son blancas y hermosas. La del centro es bermellón. Las blancas torres serán tomadas. La del medio resistirá. ¡Oh, mi Bretaña, Francia mía, adivínadme!»

El viejo emperador Carlomagno pasó, mientras que a lo lejos seguía oyéndose a veces morir el sonido antiguo del coro, que no lograban apagar el crepitar de la ametralladora, el susurro sedoso de los obuses al pasar y el estruendo de los lanzamientos y el estrépito de las caídas y el viejo emperador lloraba, diciendo:

«¡La verdad de la guerra está en la inmovilidad de los bosques, tan sabios como los scots de Irlanda que me enseñaron lo básico! Escucha, ¿oyes entre la frondosidad marchar y cantar salvajemente?»

Entonces apareció de nuevo el paisaje ardiente y baldío de Judea, y el noveno de la Fama, Godofredo de Bouillon, profería estas palabras:

«Arrodillado mejor que en pie, y guerrea lejos de tu país natal. Las manos de los barones son las sirvientas de la tierra. Los brazos de los labradores son los amantes del suelo, al que fecundan. Las muchachas no deben ser sirvientas en su propia familia. Es preciso que el guerrero viva lejos de su país natal, es preciso que viva en el exilio y la inquietud. Y la muerte es hermosa, cuando se lucha por una causa grande y justa. ¡Ven, oh noche, oh noche más hermosa que el día!»

Y, en tanto que su gloria eterna brillaba aún a lo lejos, la Enéada desapareció. No quedó más que la atroz tristeza de la batalla; el pequeño camillero arrodillado no pensaba ni en la Enéada del coraje, ni en el peligro en que se hallaba, pensaba en Corail, esa muchachita a quien amaba y que lo amaba a él, pero sin constancia. Estaba triste, tan triste que pensó que iba a morir y, al ver a uno de sus camaradas herido que gritaba «¡A mí!», se lanzó a socorrerlo y fue entonces cuando una bala de ametralladora lo alcanzó en pleno pecho y cayó muerto, sin sufrimiento, mientras el nombre adorado de Corail expiraba en sus labios.

Entonces Anatole de Saintariste, de regreso al presente, besó la mano de Corail.

En ese momento se cruzaron con Elvire y Pablo Canouris que se besaban cerca del cementerio de Montparnasse.

Anatole le dijo a Corail: «No los mires», y Canouris dijo a Elvire:

—Ahora que Saintariste y Corail nos han visto besarnos, todo el mundo sabrá de sobra que eres mi amante; ya no tienes motivo para no venir a mi casa.

—Vamos a ver, Pablo —dijo Elvire—, no estás pensando. Nicolás vuelve mañana de la guerra. El médico jefe del hospital del gobierno de Ruritania lo ha reclamado como indispensable. Todo ha terminado entre nosotros.

—¡Pues bien! —dijo Canouris—. Si me abandonas, iré a ver a la hermana de Nicolás y se lo contaré todo.

—¡Ah, me das asco! —dijo Elvire—. Si lo hubiera sabido no te habría amado nunca. Te odio, déjame en paz.

Y se puso a correr en dirección a su casa. Pero Pablo Canouris corrió tras ella. La alcanzó en el momento en que llamaba a la puerta. Se pelearon apasionadamente, y Elvire hubiera terminado por ceder si Pablo no se hubiera resbalado en la cazada. Cayó de rodillas, y ella aprovechó para entrar y cerrar la puerta, que el conserje había abierto hacía ya un buen rato.

Durante todo el resto de la noche escuchó a Pablo Canouris golpetear en los postigos de la planta baja gritando: «Elbir', e'cúchame ábreme, yo te quiero, te adoro, y zi no me obedece' te mataré con mi revolve'. Elbir', yo te jhuro que le voy a contá' to' a Nicolás' y a zu hermana. ¡Ábreme Elbir'! El amó' zoy yo, el amó' e' la paz'; y yo zoy el amó' porque zoy neutrá', y él e' la guerra. La guerra no e' amó', e' odio. Azín que tú le odia' y a mí me ama', mi pequeña Elbir', ábreme, abre a tu Pablo que te adora».

VIII

«A finales del primer semestre de 1915, mientras los austrohúngaros atacaban G..., aconteció un hecho singular digno de permanecer en los anales del Amor.

»Permítame que mantenga en secreto todos los nombres de esta historia, y que sólo mencione las iniciales.

»De raza polaca, el comandante de artillería que atacaba el sector era el conde Pr..., el propio sobrino del comandante de la artillería rusa, el conde Cs... La guerra dio lugar a esas penosas situaciones en las familias dispersadas de la destrozada Polonia.

»Siendo muy rico a pesar de hallarse “al servicio de Austria”, el conde Pr..., que era dueño de inmensas propiedades en la región, había vivido allí durante mucho tiempo antes de la guerra e incluso se había visto obligado a dejar allí a su compañera, una comerciante cuyo cuerpo era alto y torneado y su mirada voluptuosa, compositora consumada, la cual, desde hacía poco tiempo, mantenía relaciones con el conde Cs..., comandante de la artillería rusa. Éste, por su parte, había dejado tras las líneas a su amante, a quien amaba tiernamente. A esa joven patricia, viuda desde hacía apenas un año y que conocía por vez primera el placer de amar, le entristecía estar separada de su amante y el conde Pr..., que le había sido presentado en una ocasión antes de que se convirtiera en el enemigo, el invasor, le hacía en vano una muy asidua corte. No obstante, no había olvidado a su compositora, la comerciante de G... y, siendo músico él también, compositor de talento, para hacerse presente en la memoria de su amante tuvo la idea de ofrecerle un concierto, según el momento alborada o serenata, tal que no había amante alguno que hubiera tratado de halagar así el oído de su amada. Tras haber medido el sonido de los cañones para conocer el timbre y la altura de la nota que salía de sus almas, compuso una aterradora sinfonía que hizo ejecutar a sus baterías; y su rival, el comandante de la artillería rusa, no menos músico que él, lo comprendió tan bien que unió a ese terrible concierto los acentos salvajes, pero desgraciadamente menos poderosos, de sus cañones, completando así la horrible sinfonía de su enemigo. Era nada menos que música de cámara. Y ese concierto, que contenía la muerte, se prolongó así durante dos días y dos noches, aterrorizando a cuantos lo escuchaban y que mucho hubieran deseado no oírlo, pero que no podían evitar admirar la escalofriante y magnífica armonía.

»Durante la segunda noche el conde Pr... hizo lanzar sobre la ciudad de G... unos obuses llenos de gas venenoso al que, recordando las alcanfías de los moros de Granada, había mandado añadir los más sutiles perfumes que aromatizaron la ciudad asediada, y los olores más variados, y los más violentos, se sucedieron hasta el alba, mientras que el frente de las trincheras se iluminaba con una maravillosa pirotecnia de cohetes de todos los colores que ascendían sin cesar y que morían lentamente. La guarnición rusa y la casi totalidad de la población de G... perecieron por ese

concierto, junto a la amada del conde Pr..., a quien éste halló muerta sobre el cadáver de su amante. En cuanto a la amante de éste, que hasta entonces se había resistido al deseo del vencedor, hubo de ceder ante su violencia, mas esa misma noche apuñaló al conde Pr..., que se había dormido empachado de carne y ebrio de hidromiel y de tokay centenarios, tras lo cual una última ráfaga disparada de lejos por las baterías rusas dejó caer un obús sobre el palacete en el que vivía la joven viuda y la mató, de manera que en el acorde final del sangriento concierto, no quedaba ninguno de los cuatro amantes polacos.»

La princesa Nathalie Teleshkin añadió:

«Esta historia me ha llegado en una carta de Rusia. ¿Hay algo más precario que el amor, en todos los tiempos? No le asombre, mi querido Pablo, que lo sea aún más en tiempos de guerra».

Y volvía a coger una a una las cartas que Elvire le había escrito a Pablo. Desde el regreso de su amante Nicolás, Elvire, tras romper con Pablo, había vuelto a verlo, y la vida transcurría sin roces. Nicolás se interesaba cada vez menos por Elvire, y por su parte correteaba con las actrizeas que venían a dar funciones al hospital ruritano. Elvire estaba profundamente ofendida por ello y mucho más celosa de lo que confesaba, pues ella veía los manejos de Nicolás, mientras que éste no se había percatado de las intrigas de Elvire.

Le fueron reveladas por la madrina de guerra de uno de los oficiales curados en el hospital. Algo le había adelantado a Nicolás, que lo recibió no obstante con frialdad; había salido con ella y la había llevado a veces a tomar el té a la calle Rivoli. Incluso se la había presentado a Elvire, que ahora se pasaba la mitad del tiempo en la Coupole con su Pablo de manos azules y con los amigos de éste. Pero Nicolás no se había decidido jamás a hacer seriamente la corte a la madrina del lugarteniente Emmanuel Verde-Croye, la bonita Francine que, despechada y para precipitar la ruptura que deseaba entre Elvire y Nicolás, le declaró un día en que había venido a visitar a su ahijado al hospital: «Querido, es usted cornudo». Y tuvo una crisis de nervios en el momento en que, rojo de vergüenza, él contestó: «No lo creo». Y, mientras que el lugarteniente Verde-Croye salía de la habitación cojeando un poco y cantando la canción de Cherubino,

Una madrina tenía yo

Cuánta pena, cuánta pena en mi corazón

Nicolás, que no creía en ello, le montó sin embargo una escena ya esa misma noche a Elvire, y todo Montparnasse, que estaba al corriente, se mezcló para separarlos. A solas, Elvire se metió en la cabeza que tenía que permanecer con su Nicolás, y negó tan bien que negó todo lo que se le reprochaba, dejó de ir a la Coupole y de ver a Pablo Canouris, quien le escribió y ella le contestó en tono furioso

que su camaradería había terminado y, en parte por recuperar a Elvire y en parte para que Nicolás, cuyo amigo era, conociera el carácter de su compañera, Pablo, que no conocía con las mujeres sino la violencia y que las despreciaba, tomó la decisión de prevenir a la hermana de Nicolás, con el fin de que la magnitud del escándalo impidiera cualquier reconciliación.

Fue a casa de la princesa Teleshkin, le dijo que quería a Nicolás como a un hermano, que estaba afligido de verlo arrejuntado con una muchacha como Elvire, la presentó como una peligrosa sirena de la que él mismo había sido víctima, y la mostró divirtiéndose antes que con él con aviadores ingleses, periodistas americanos y un auxiliar del servicio de salud.

Nathalie Teleshkin lo escuchó con una alegría espantosamente dolorosa pues hacía mucho tiempo que deseaba que su hermano rompiera con Elvire, mas, por otra parte, temía que él no soportara esa inevitable ruptura sin pasar por un gran sufrimiento.

Pablo Canouris le enseñó las cartas que Elvire le había escrito, pero éstas no podían servir sino para confirmar una convicción moral, pues no eran en sí mismas comprometedoras. Eran amistosas, eso era todo. Por último, le enseñó unos bocetos que había hecho de Elvire al desnudo, y una foto en la que aparecía también desnuda.

La princesa Teleshkin no necesitaba tanto para asentar su convicción, agradeció a Pablo la prueba de amistad que acababa de demostrar frente a Nicolás, y su ira respecto a Elvire era tan grande que si la hubiera tenido delante la hubiera estrangulado en el acto, aunque no pudo vengarse más que sobre un ramo que la amante de su hermano había pintado y que representaba unas peonías de un rosa brillante sobre un fondo azulado. Lo rajó. Y Pablo, a quien seducía el talento de Elvire, vio con pesar la ejecución ante sus ojos de ese acto de vandalismo.

Cuando Nicolás vino a la hora del té a casa de su hermana, ella lo puso al corriente con acentos trágicos y éste, más pálido que la muerte, regresó inmediatamente a su estudio y le rogó a Elvire que se fuera pues estaba al tanto de todos sus devaneos, le dijo que ya era inútil negarlos, que el propio Pablo lo había contado todo, y después salió para dejar a Elvire que hiciera sus maletas y partiera.

Pero, cuando regresó, no pudo entrar en su casa, pues la llave estaba puesta en la cerradura desde el interior, y un fuerte olor a gas emanaba de las juntas de la puerta. Dio la alarma y, con el conserje, echó la puerta abajo y encontraron a Elvire asfixiada sobre el horno de gas. Al médico, que llegó en éstas, le costó muchísimo hacerla volver en sí, y Nicolás le perdonó todo, dando fe a sus negaciones, y como, en efecto, nada probaba que Pablo hubiera dicho la verdad, Nicolás achacó sus denuncias al despecho que había sentido por no haber logrado quedarse con Elvire.

Los bocetos tampoco probaban nada, pues Pablo podía haberlos hecho sin modelo, y la foto, a decir de Elvire, había sido tomada en Petrogrado. La copia que tenía Pablo, la había perdido Elvire, o tal vez incluso se la hubiera robado Pablo algún día que hubiera venido a visitar a sus amigos. De manera que de esa historia no

quedó más que una indisposición que le costó a Elvire una semana de cama, durante la cual el falso Ovidio del Ponto Euxino vino a visitarla al estudio de la calle Maison-Dieu en compañía del viejo Otto Mahner.

Éste, comprendiendo que en aquella casa Eros luchaba valerosamente con Anteros, les dijo:

—Vuestro amor es como un obús que un golpe puede hacer estallar en mil pedazos en cualquier momento. Hay uno así en la casa donde vivo y que habita también Moïse Deléchelle. Al principio de la guerra ese hombrecillo gris de cuerpo musical hacía seis meses que había regresado de América. Había hecho contactos allí pero no había traído más que un poco de dinero, y desde mediados de agosto de 1914, ya había consumido casi todos sus ahorros. Pensó echar mano de sus contactos de ultramar y escribió poco más o menos a todas partes para proponer la venta de trofeos y recuerdos de la guerra. Las respuestas que recibió no le dejaron la más mínima duda acerca de la curiosidad que había despertado en América la lucha entre las fuerzas europeas, de hacia cuál de los adversarios se dirigían las simpatías americanas, y por último del éxito que allí tendría tan heroica mercancía. Pero precisamente, lo único que le faltaba a Moïse Deléchelle era esa mercancía. En esa época, los campos de batalla le estaban vedados a causa de su salud, que había hecho que lo declararan inútil, y los combatientes no enviaban aún trofeos a la retaguardia. Moïse Deléchelle consagró la mayor parte del dinero que le quedaba a comprar en almonedas y anticuarios objetos militares de toda clase al mejor precio posible. Así reunió cascos franceses o alemanes de la guerra del 70. Recopiló todos los machetes declarados inservibles por la Intendencia que pudo encontrar en los bazares, todos los viejos kepis de oficiales, y los sables —algunos de los cuales se remontaban al Imperio—, corazas, shakos, un gorro de piel, un tambor, tres cornetas y unas cartucheras que pudo hallar en los alrededores del Temple. Culminó su colección yendo a los alrededores de los aeródromos a comprar desechos de maderas destrozadas por los aviadores. Embaló cuidadosamente esos objetos y los expidió a América, donde fueron vendidos en el acto. Le telegrafieron casi inmediatamente que hiciera otro envío, de manera que su comercio iba lo mejor posible. Ganó mucho dinero con ello.

Pero todo pasa. Los americanos acabaron por saber que los antiguos colbaks, las pistolas, los sables de abordaje, las charreteras y las demás fruslerías militares no tenían nada que ver con esta guerra, y Moïse Deléchelle, so pena de ver a sus concesionarios de América abandonarlo, hubo de buscar los medios para procurarse recuerdos auténticos de la guerra que se estaba desarrollando. Consiguió, no se sabe cómo, el derecho de acompañar en una visita al frente al corresponsal de un periódico italiano. Partieron en coche y Moïse hizo una gran cosecha de botones, cascos alemanes, bayonetas y gorros redondos de feldgrau. También recogió un obús que no había estallado, pero de vuelta su compañero le puso sobre aviso de que tal vez tuviera dificultades en el fielato para introducir en París un artefacto de esa clase.

Y Moïse Deléchelle se sintió muy afligido. Ese obús había de ser la mejor pieza de su colección. ¡Un buen obús del 77 intacto! En esa época (finales de noviembre de 1914) no los había en la retaguardia sino en muy escaso número, y contaba con venderlo en América por mil dólares.

Una hora de reflexión, y el remedio para la situación fue hallado. Se detuvo en no sé qué pueblo donde compró un pan de cuatro libras, del que cortó un trozo a lo ancho, tras lo cual lo vació cuidadosamente de miga y la sustituyó por el valioso proyectil, que de este modo pudo hacer su entrada en la capital. Mas sus tribulaciones no habían terminado, pues la primera persona a quien le habló de ese obús le mostró con ardor todos los peligros que representa la posesión de ese artefacto.

«Si lo envía usted así —le dijeron— corre el peligro, si no de hacer estallar la nave en que lo embarquen, al menos de ocasionar en ella graves accidentes, por no hablar de la responsabilidad en que incurre por tal motivo. Hay que desarmar ese obús y hacerlo vaciar con cuidado.»

Moïse Deléchelle, de todo menos tranquilo, se puso a buscar un artillero para destornillar el cohete del obús y vaciarlo. En Vincennes no encontró más que artilleros expertos en automovilismo.

«Habría que encontrar un subjefe de artificieros», le declaró un viejo brigada, pero a pesar de sus gestiones no ha podido encontrar aún ningún subjefe y vive perpetuamente fuera de sí. Ha colocado el obús bien acolchado con toda su ropa en su armario de espejo; me lo mostró con mil precauciones y de noche se despierta a veces sobresaltado; le parece haber oído no sé qué crujidos en el armario y se espera de un momento a otro que el desafortunado proyectil estalle y lo mate haciendo saltar por los aires toda la casa.

Y, tras haber narrado con su habitual prolijidad la historia del obús, el viejo Mahner dejó con una sonrisa a esos amantes cuyos sentimientos tan profundamente había modificado la guerra.

Elvire, al cabo de cierto tiempo, volvió a hablarse con Pablo Canouris, con quien se topaba sin cesar en su camino pero no se lo decía a Nicolás Varinov, el cual vivía, por su voluntad, en una incertidumbre que le hacía ponerse amarillo.

Cuando se encontraba con ella, Pablo la animaba a venir con él. Y ella comenzaba a escucharle de nuevo con complacencia.

Un día, la linda Corail, que había venido a verla, le habló elogiosamente de una vidente que también echaba las cartas y que disponía de un gran número de métodos para consultar el futuro.

Fueron allí al día siguiente. Mme. Adonysia vivía en Batignoles, en la calle Nollet. Predecía el futuro desde la guerra, pues era viuda de un profesor de matemáticas que la había dejado sin recursos. Para diferenciarse de las demás adivinas, había ideado interrogar al bienaventurado Jean-Baptiste Vianney, un cura de Ars, o incluso al Mago Papis, cuyo verdadero nombre era doctor Encausse y que acababa de morir. Esos oráculos le contestaban de manera satisfactoria, a decir de su

clientela.

A su casa no venían hombres, o sólo eran admitidas las mujeres. No ponía ningún anuncio en los periódicos y reclutaba a sus clientes únicamente a través de contactos. El precio de la consulta era de cinco francos pagaderos por adelantado y aquellas de entre sus clientes a quienes considerase más discretas podían, mediando veinte francos, recurrir a lo que ella llamaba «la gran pregunta de guerra», que consistía en esparcir por un plato la pólvora contenida en un casquillo Lebel e interpretar la figura que formara la pólvora así esparcida.

Como Mme. Adonysia tenía a Corail por una persona razonable y llena de discreción, tuvo a bien entregarse, a favor de Elvire, a la «gran pregunta de guerra».

La pólvora contestó que Elvire dejaría a su amante actual para irse con aquel que le hacía la corte.

Ella regresó muy impresionada de esa visita. Al día siguiente por la mañana, se despertó de buena hora y, al oír un perro aullando en la calle, sacudió a Nicolás Varinov, el cual, bostezando, le preguntó qué pasaba. «¿Oyes al perro aullar? —le dijo ella—, significa separación.» Él no le dio importancia y se volvió a dormir; mas durante el día, mientras Nicolás estaba en casa de su hermana, Elvire corrió a casa de Pablo y le dijo que estaba lista para quedarse con él. Y él mostró una satisfacción tan grande por esa decisión que inmediatamente, como solía hacer cuando tenía una nueva pareja, la llevó a unos grandes almacenes donde le compró un impermeable con el que ella fue esa misma noche a la Coupole en compañía de su nuevo amante.

Al día siguiente recibió por encargo de Nicolás Varinov todas sus cosas, sus vestidos, sus pieles, su caballete y sus cuadros.

Pero desde el segundo día estaba ya cansada de Pablo. Su amor por Nicolás le henchía el corazón; le escribió y él contestó y al octavo día de su instalación en casa de Pablo Canouris, mientras éste había ido a pasear por Montmartre, hizo que Corail la ayudase y abandonó el estudio del pintor de las manos azul celeste, el cual, al acogerla en su casa, no había tenido la iniciativa de decirle que estaba en su casa y de confiarle unas llaves.

Pues hoy en día las mujeres tienen el sentimiento de su importancia única como guardianas de la vida social y de la raza de la que los representantes masculinos hacen lo posible por desaparecer. Dentro o fuera del matrimonio, no soportan ya sino con impaciencia el yugo viril, quieren ser dueñas del provenir del hombre y, dejando de lado la sumisión, tienen desde ahora el gusto por la libertad, pues, para salvar la raza humana, es muy preciso que la mujer tenga las manos libres.

Es por ello que, de vuelta a casa de Nicolás Varinov, quien no había juzgado oportuno mantener su imperio sobre ella y, al partir a la guerra, le había dado la ocasión de saborear la libertad, meditó sobre el caso de su abuela Pamela Monsenergues, la mormona, y concluyó, por esa experiencia, que la poliginia era tan poco precisa en tiempos de guerra como lo era en tiempos de paz.

Decidió que las mujeres, por su número y gracias a la libertad de la que gozaban

respecto al Estado, detentaban desde ahora un poder que sobrepasaba al que, antaño, parecía corresponder al hombre, convertido en esclavo de la nación.

Pensó que ese poder se ejercería de maravilla si desde ahora la mujer se entregaba abiertamente a la poliandria; tomó cinco amantes, lo cual, contando a Nicolás Varinov, hacían seis, a los que consideraba casi como esclavos.

Escogió a un payaso piamontés cuyo traje multicolor y cuyo maquillaje le encantaban; un estudiante de medicina que iba a dedicarse a las letras, un mutilado de los dos brazos que le hablaba brutalmente y la adoraba, un aviador en la retaguardia llamado Pentelemon que pertenecía al contingente de Ruritania. Lo había escogido por su nombre, que le recordaba al de la Pentelemonskaya, donde Elvire vivió en Petrogrado; y por último un tornero de obuses que era un mozo del Ch’Norte y se sabía canciones muy bonitas.

Trabajó con un entusiasmo inimaginable, estando absolutamente decidida a no depender de un hombre, y, con ayuda de la fortuna, se ganaba bien la vida.

Representaba el papel de reina del poder que la guerra le había dado.

Mas ninguno de sus amantes ocupaba ya su corazón, el cual repartía entre Mavise Baudarelle y Corail, la linda pelirroja de ojos color de avellana cuyo aspecto evocaba tan bien al de una gota de sangre sobre una espada.

IX

En tanto que Elvire practicaba un mormonismo a contracorriente, al tiempo que hacía todo lo posible por permanecer estéril en un momento en que la defensa del honor social hubiera exigido de las mujeres una especial fecundidad, Anatole de Saintariste ya no pensaba en otra cosa que en fundar una religión.

Decepcionado por Corail, la linda pelirroja que ahora adornaba el serrallo de Elvire, Anatole de Saintariste observaba su tiempo, si no con desprecio, cuando menos con un asombro mezclado con horror y severidad.

Sus reflexiones y su inclinación natural lo llevaron a imaginar una religión del honor de la que habló largamente al falso Ovidio un día, cuando, después de haber pasado a situación de reserva, Anatole de Saintariste ya no salía apenas de su casa, meditando sobre la manera en que organizaría su vida y pondría en ejecución sus proyectos.

Saintariste vivía en la calle Delambre, en la misma casa que Otto Mahner y Moïse Deléchelle, en un pequeño apartamento separado sólo por un tabique de la habitación en que vivía este último. Saintariste recibió a Ovidio del Ponto Euxino manifestándole su alegría por volverlo a ver e inmediatamente le dijo:

«No vea en mí sino una especie de monje, cuya vida, o más bien lo que me queda de ella, será consagrada al cumplimiento de la misión que me he impuesto.

Mi objetivo es fundar una religión sin dogmas y sin sacerdotes cuyo gran asunto será la educación moral y física de los niños. Me dirá que se trata de una idea que no podía ocurrírsele más que a un soldado y lo acepto. He sido soldado y mi alma sigue siendo la de un soldado. La renovación de la idea religiosa que se constata por todas partes es engañosa. Todas las religiones están a punto de morir, y se vuelven de una extremada vaguedad. Supersticiones y creencias religiosas rayan hasta tal punto hoy por hoy que ha de ser muy listo quien pretenda señalar el límite exacto entre unas y otras, y en el propio seno de una sola religión.

Hoy en día se ve lo que sólo se había visto en el Imperio romano y al final del paganismo: fieles que observan una religión, la apoyan, la defienden y la honran, sin creer en ella. Ahora nos hemos dado cuenta; el lugar común que dice que el pueblo tiene necesidad de una religión es cierto al pie de la letra, pero el pueblo, sin ser por ello más feliz, examina ahora las creencias. Y la fe sin cálculos es escasa hoy por hoy, y lo será cada vez más, o bien no se aplicará sino a creencias extremadamente vagas, o incluso caerá de pronto en las peores y más descabelladas supersticiones. El antonismo belga, el rasputinismo y todas las locuras místicas de los rusos, por no hablar de los mil absurdos que nacen cotidianamente en las cinco partes del mundo, son ejemplos de las imbecilidades que el ama popular puede engendrar mañana mismo incluso en un país tan civilizado como Francia. No se olvide del diácono de París, por no mencionar nada contemporáneo. La religión del honor le evitaría a la humanidad avisada semejantes giros extraños. Ante todo permite suprimir las fábulas

de expiación y de recompensa, que son las invenciones más peligrosas que hayan hecho los fundadores de la religión. El honor ha sido siempre una especie de rara superioridad que correspondía a ciertos hombres. Ahora se encuentran en la guerra y en ninguna otra parte. Habría mucho que decir al respecto, pero se puede mantener que, hablando de la práctica, el sentido del honor ha desaparecido de la tierra, salvo por algunos casos admirables y por aquéllos en los que, sin por ello menospreciarlos, éste proviene de la necesidad, como es en la guerra.

Las religiones prometían recompensas en el otro mundo, los sociólogos prometen a los individuos la felicidad en este mundo; hay que suprimir todo eso y que desde ahora los hombres no hallen la felicidad más que en sí mismos mediante la satisfacción del deber cumplido y del honor salvaguardado. Se llegará a ello a través de una educación sin debilidad y sin error. El célebre Fox había prometido a su hijo que lo llevaría a presenciar la demolición de un muro. Había que emplear pólvora de cañón, y el niño se regocijaba de ver esa explosión. Al enterarse de que el muro había sido derruido sin que se avisase al niño, mandó reconstruirlo y hacerlo saltar por segunda vez para no faltar a la palabra que le había dado a su hijo. Ese famoso orador tenía pues sentido del honor y no quería, faltando a la palabra dada a su hijo, deformar el sentido del mismo que pudiera tener éste.

Es preciso exaltar los rasgos hermosos de honor de nuestra época, citarlos como ejemplos y no como excepciones».

El falso Ovidio del Ponto Euxino se permitió recordar al Sr. de Saintariste que el Sr. Faguet acariciaba una idea bastante cercana a la suya y que la había desarrollado en su Moral del honor.

«Moral, de acuerdo —contestó Saintariste—, pero no religión. Quiero que el rito más notable sea el suicidio, que considero particularmente honroso y particularmente redentor. Que aquel que haya faltado al honor se mate y que lo haga con sencillez y sin temor.

¡Habrase visto!, después de muchos años de guerra, apenas nos hemos acostumbrado a la idea de la muerte, y a la de morir, nada.

Es preciso que desde ahora cada cual tenga su honor, tanto el bandido como el soldado, tanto el parlamentario como el comerciante. Antaño, el malhechor tenía su honor y le importaba; el criminal de ahora no tiene honor. En estos tiempos, la quiebra conlleva bastante poca deshonra para un comerciante, y pocos arruinados se suicidan.

—¿No se considera el suicidio —dijo Ovidio— como un delito o un pecado?

—Es posible, mas ¡qué hermoso pecado aquel al que le arrastra el honor!».

Y, conduciéndolo a la mesa en la que escribía ante la ventana, le dijo:

—Estoy cansado de estar solo, he conocido la larga soledad lejos de las mujeres, entre soldados. Ya no me aman, y no soy nada para ellas. Corail me dejó, y por Elvire. Sí, por Elvire, que tiene un harén de los dos sexos. La linda pelirroja que yo amaba merece ahora el sobrenombre de no man's land que me perdonará tome

prestado del argot militar de mis hermanos de armas, los Tommies. Acompáñeme a verla, tras lo cual sabré lo que me ordena el honor, y si es preciso un mártir para la religión del honor, deseo ser yo.

Se vistió y fueron a casa de Corail, la cual los recibió fríamente mientras arreglaba unas rosas en una copa.

Esto es lo que le dijo, ese poeta: «Corail vuelva conmigo... La amo como si fuera la hija de Maghmor, rey de España. Un poeta irlandés dijo que su familia no era oscura y que había desposado a Eocaid, rey de Irlanda, hijo de Duach. Mas ¿qué no haría usted por mí mismo, si yo fuera Hammurabi, el buen legislador? Que el cielo los haga volver, tal vez se amarán esa hija de Maghmor y ese rey Hammurabi.

»Pero deje ya de aspirar esas rosas. Escúcheme. ¿Las palabras de un hombre no valen lo que el olor de las flores? Sus ojos tiemblan como la ginebra en un vaso alzado por un borracho. Vamos, baje sus manos, son malas flores. Mire, sus infieles rosas se deshojan lamentablemente al presente. Vaya, están cantando, tal vez sea Lilith que expresa también su desesperación maternal. Como si existiera otra desesperación que la de amar con amor. Este canto le hace a usted reír. Si estuviera cerca de la mar, creería en el canto del alción. Anuncia la muerte a aquel que lo oye. Se tapa usted los oídos, muy bien, pero no estamos junto a la mar. Y si estuviera más cerca de usted de lo que deseo imaginar, la mataría sin el canto alcioniano y después me mataría como si el alción hubiera cantado para nosotros dos.

»No me cree usted. Y sin embargo, dramas como ese ocurren todos los días, y después se está tan a gusto. Separados o unidos por la eternidad, tan mala es una cosa como la otra. Se está tan a gusto después. Y no se regresa nunca, créame, nunca. En otro tiempo creí que los había que regresaban. Pero era un error. Usted no ha visto muertos nunca. Uno que vi estaba calvo como un nativo de Miconos, una de las Cícladas. Lo enterraron pero desde el tercer día se supo que se había levantado por la noche para chuparle la sangre a una muchacha que no lo quiso. Le cogió gusto a la cosa y varió sus placeres chupando cada noche la sangre de una muchacha o de una joven. Se sorprende usted, no es un hecho nuevo, incluso hubo, hace algunos siglos, un gran número de vampiros en Hungría. En cuanto a aquél del que le hablo, se acabó por desenterrarlo y los sepultureros le cortaron la cabeza. Desde entonces se portó bien, pero debo añadir que jamás he creído en la supervivencia de ese hombre calvo y pienso que las muchachas habían encontrado en ello una manera de explicar los chupetones que les habían hecho sus enamorados.

»Cae la noche, ya no veo sus manos ni su boca, solamente sus ojos de alcohol ardiente. No es más que una sombra, y yo no soy ni siquiera una sombra. No me ve usted. No me imagina. Nos separa la mar. Esa mar sobre la que los alciones cantan en ocasiones a la muerte y que es traidora como usted misma, excepto cuando durante el solsticio de invierno esos mismos pájaros hacen sus nidos. Dígame, ¿no tiene usted de esos días alcionianos que calman la mar? Con agrado sería piloto en esos días.

»Quisiera conquistarla. Las cautivas aman a los conquistadores, pero he hecho la

guerra durante demasiado tiempo como para creer en la realidad de las conquistas, pienso que son imposibles».

Tras haber besado la mano de Corail, la soltó para siempre sin que ella le hubiera contestado ni una sola palabra. En la calle Ovidio del Ponto Euxino se despidió de él después de haberle reprochado que le dijese a Corail semejantes cosas, que consideraba extravagantes, y Saintariste regresó a su casa, en la calle Delambre.

A través del tabique, escuchó la voz de Moïse Deléchelle y de Otto Mahner. Distinguió las palabras obús, explosión, artificieros, expediciones a América, y escuchó claramente a Deléchelle decir: «Ya hace demasiado tiempo que está en mi casa. Me voy a librar de él hoy mismo, peor para el que lo haga explotar».

Y Saintariste pensó:

«Siempre me había parecido sospechosa esa gente. Son espías que planean hacer estallar algún edificio importante para la defensa nacional».

Y escuchó aún con más atención. Moïse Deléchelle continuó: «Voy a hacer lo mismo que hice para introducirlo en París. He comprado un pan de cuatro libras, le he quitado la miga y la he reemplazado por el obús armado... y ahora que sea lo que Dios quiera».

«¡El muy depravado! —se dijo Saintariste—, tantas precauciones para introducir esa bomba en su casa así como para sacarla de ahí demuestran bien cuales son los abominables proyectos de ese bandido. Va el honor en impedir que su crimen se lleve a cabo.»

Saintariste volvió a coger su sombrero y su revolver y bajó a la calle a esperar la salida de Moïse Deléchelle, que apareció al poco llevando en las manos el pan de cuatro libras del que acababa de hablar. Moïse Deléchelle se dirigió hacia el viaducto de la estación de Montparnasse, donde dejó su pan de cuatro libras. Pero en ese momento Saintariste le saltó encima gritando:

«¡Vil espía, quieres reventar el viaducto!»

Moïse Deléchelle se debatió, pero Saintariste, para hacerse el amo en esos parajes en los que no debía esperar ayuda alguna pues no pasaba nadie, lo arrojó al suelo y lo golpeó violentamente en tanto que a cada golpe un sonido extrañamente musical ascendía del cuerpo de Moïse Deléchelle.

Mientras se debatía, éste había tocado bajo el paño el revolver que estaba en el bolsillo de Saintariste, e hizo lo posible por adueñarse de él. Gracias a una astucia lo logró y disparó una bala sobre su adversario, el cual, herido de muerte, pudo sin embargo agarrarle el puño, arrancarle el arma y descargarle dos tiros en la cabeza. Tras lo cual expiró sobre el cadáver de Moïse Deléchelle.

Entre tanto, Otto Mahner le decía a Egon d'Afenheimer, que había venido a visitarlo:

«Ese idiota de Deléchelle acaba de salir con su obús en un pan de cuatro libras. Ya no vivía en sí del temor de que su artefacto le explotase destrozándole la existencia. Va a echarlo en un rincón y mañana se hablará de un atentado boche. Y

mientras nosotros hacemos llegar informaciones auténticas e interesantes a nuestro querido Heinzemann, a Zurich. Pero nuestra prudencia y nuestra sencillez nos mantienen a salvo de cualquier sospecha».

A la mañana siguiente se hallaron dos cadáveres que aún se aferraban junto a un pan de cuatro libras que encerraba un obús del 77.

Y cuando se enteró de la muerte de Saintariste, Corail le dijo a Elvire:

«Sabía muy bien que iba a morir, pues ayer me dijo unas cosas que me parecieron venir del otro mundo y no de un hombre que goza de vida».

Esto ocurría en el estudio de Elvire. Nicolás Varinov estaba presente, así como el aviador Pentelemon, el payaso y el estudiante de medicina que se iba a dedicar a las letras.

Elvire estaba sentada ante su caballete y Nicolás pensó involuntariamente en la Mujer Sentada, esa moneda helvética que cuando era niño había que tener cuidado con no aceptar.

«Elvire —se dijo, mientras le sonreía— existirá siempre. Es, en mayor grado, como son todas las mujeres. Igual que la mujer sentada de la moneda suiza de cinco francos, son falsas y no cuelan.»

Y, «mujer sentada» en tiempos de «hombres en pie», Elvire pensaba alternativamente en los duraderos placeres de la debilidad y en las ventajas de la falsedad.



Wilhelm Albert Włodzimierz Apolinary de Kostrowicki (Roma, 26 de agosto de 1880 – París, 9 de noviembre de 1918), conocido como Guillaume Apollinaire o, simplemente, Apollinaire, fue un poeta, novelista y ensayista francés. En 1912 publicó *Alcoholes*. Del mismo año data *Los pintores cubistas*. En 1914, al estallar la primera guerra mundial, ingresó en las filas del ejército francés como voluntario, siendo herido en 1916. De regreso a París publicó *El poeta asesinado*, y en 1918, poco antes de morir, sus famosos *Caligramas*.